

Esta comedia fué estrenada en Montevideo y Buenos Aires por las compañías dramáticas «Supparo-Arellano» y «Guillermo Bataglia», estando el papel de René a cargo de la actriz Angela Tesada — (1911-1912).

ISMAEL CORTINAS

RENÉ MASON

(COMEDIA EN CUATRO ACTOS)



PC 8519. C 86H. R4

C. 108.154

BIBLIOTECA  
DE LAURA C. DE CASTOS

EDITORES:  
LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD  
— DE —  
BERRO Y REGULLES  
260 - 25 DE MAYO - 260  
MONTEVIDEO

LIBRERIA MASPANO ARGENTINA  
PERLADO & CIA  
RIVADAVIA 1731  
PLAZA CONGRESO  
BUENOS AIRES

## PERSONAJES

---

RENÉ MASÓN (abogado)  
IRMA ROLDÁN (médica)  
DOÑA PEPA  
DOÑA FILOMENA  
CONSUELO  
LUCÍA  
BEBA  
CHICHÍ  
CARMEN  
Dn. GONZALO  
PABLO SALDAÑA  
Sr. FABRE  
» BERMÚDEZ  
» ZABALA  
DIPUTADO ROMERO  
JAIMITO  
MANOLO  
JUEZ DE PAZ  
ESCRIBIENTE  
Sr. NÚÑEZ  
JUAN GONZÁLEZ  
PEDRO  
REDACTOR DE «LA LUCHA»  
SECRETARIO DE REDACCIÓN  
REPORTER 1.º  
» 2.º  
» 3.º  
CORREDOR DE AVISOS  
CRIADO  
PORTERO  
UN NIÑO

---

ÉPOCA ACTUAL



## ACTO PRIMERO

(« Hall » en casa de DON GONZALO MASÓN. — Al centro muebles claros y plantas. — Izquierda y derecha del espectador, puertas practicables. — Al foro, galería de vidrio, practicable, con vista a un jardín. — Izquierda, último término, salita bien amueblada, distinguiéndose una vitrina con regalos. — Derecha, último término, puerta practicable que conduce al salón comedor, viéndose mesa de « buffet » con centros y flores. — Es de tarde. — Elegancia sin lujo. — Se indican por llaves, los diálogos simultáneos.)

### ESCENA I

DON GONZALO, BERMUDEZ, ZABALA, DOÑA FILOMENA,  
DOÑA PEPA, JAIMITO, MANOLO, BEBA, CHICHÍ,  
después CONSUELO y CRIADO.

(Primer término de pie.)

BERMÚDEZ.— Si, amigo, no hay que dar tanta importancia al asunto.

DON GONZALO.— La tiene, si señor. Más de una noche no he dormido pensando en eso.

BERMÚDEZ.— Pero; que cosa!

ZABALA.— Preocupaciones. No hay que tomar tan en serio la vida. Bah... bah...

DON GONZALO.— Ah... si todos tuvieramos su carácter.

BERMÚDEZ.— Y sus buenas digestiones.

ZABALA.— ¡Oh... este es el número uno. (*Señala el estómago.*)

DON GONZALO.— Más vale así.

BERMÚDEZ.— Que cosas tiene este hombre!

(*En el centro, sentados.*)

DOÑA FILOMENA.— Ya me figuro. Ahi tiene usted el progreso... el progreso...

DOÑA PEPA.— Con esas ideas se ponen en ridículo.

DOÑA FILOMENA.— Es claro. Las lecturas, las lecturas.

CONSUELO.— (*Que habrá estado de pie, con un ramo de azahares en la mano.*) No hay que preocuparse. Yo creo que serán muy felices. (*Vá hacia la derecha.*)

DOÑA FILOMENA.— Ah... *m'ijita*, tendré que verlo. La vida es muy larga.

CONSUELO.— Ya lo creo. (*Mutis.*)

DOÑA FILOMENA.— Al fin... veremos veremos...

(*Último término, izquierda.*)

BEBA.— (*Palmoteando, mientras JAIMITO recoge unos papeles del suelo.*) Que las muestre, que las muestre. Son cartas, Chichí.

CHICHÍ.— Sí señor; que las lea. Ahora mismo.

JAIMITO.— Pero, si no es nada.

MANOLO.— No te pongas colorado.

JAIMITO.— Yo no... que ocurrencia.

BEBA.— ¡Tiene vergüenza, tiene vergüenza!

CHICHÍ.— Ja, ja, ja... tiene vergüenza!

MANOLO.— Entonces, ¿no quieres enterarnos de nada?

JAIMITO.— No tiene importancia.

MANOLO.— Pídanle otra vez.

BEBA. }

CHICHÍ. }

Que la lea, que la lea. (*Risas y palmoteos.*)

DOÑA FILOMENA.— Pero niñas, niñas; un poco más de compostura. Bermúdez, ¿no ves tus hijas?

BERMÚDEZ.— Sí, mujer; las veo... y las oigo.

CHICHÍ.— ¡Valiente... no es para tanto! Le decíamos a Jaimito que nos leyera una carta. *Voilà.*

JAIMITO.— Es un apunte de diario.

CHICHÍ.— No señor.

DOÑA FILOMENA.— Pero que indiscreción, niña... Parece mentira.

BEBA.— Es una crónica?

JAIMITO.— Precisamente.

DOÑA FILOMENA.—¿De alguna recepción, Jaimito?

CHICHÍ.—A que es de teatro.

BEBA.—Del *Skating*.

ZABALA.—De policía, hombre.

JAIMITO.—Yo no escribo esas cosas, señor.

CHICHÍ.—Ah... ya sé... es de un *diner*.

BEBA.—Del... *five o'clock*...

JAIMITO.—Tampoco.

MANOLO.—De las carreras.

JAIMITO.—Frío, frío.

ZABALA.—Pues será de algún velorio.

JAIMITO.—Qué ocurrencia!

BERMÚDEZ.—Ya está: es de un bautizo.

DOÑA FILOMENA.—Bermúdez: estás muy chistoso.

CHICHÍ.—Algún noviazgo.

JAIMITO.—Caliente... caliente...

CHICHÍ.—Ah... un casamiento.

JAIMITO.—Acertó. Pero ni supone de cual se trata.

BEBA.—Bueno, léala de una vez.

JAIMITO.—Bien podían esperar ustedes a que saliera mañana en el diario, pero ya que se empeñan. Son sorpresas del periodismo. Es la crónica del casamiento que vamos a presenciar aquí dentro de un rato.

DOÑA FILOMENA.—Ah... muy bien, muy bien. Escuchen, escuchen, debe ser interesante.

JAIMITO.—(*Lee.*) «Ha constituido un verdadero acontecimiento la boda realizada ayer entre el reputado arquitecto Pablo Saldaña y la doctora René Masón, quién ocupa puesto de

primera fila, entre los redactores de nuestro diario. La ceremonia verificóse en la casa de don Gonzalo Masón, tío de la desposada. Los regios salones estaban profusamente iluminados y hermosos *bouquets* de flores embalsamaban el ambiente. Los blancos azhares de la novia, tuvieron un magnífico cortejo, pues entre las muchas familias asistentes recordamos... Aquí los nombres de ustedes... la lista de los regalos... y ya está.

DOÑA FILOMENA.—Muy bien, muy bien. Espléndida. Estos periodistas tienen unas cosas.

DON GONZALO.—Ya lo creo, porque iluminación y flores... no veo.

ZABALA.—En cambio del *buffet* no dice nada.— Hay unas croquetas!

DOÑA PEPA.—Usted Zabala, siempre el mismo.

ZABALA.—Que quieren; es mi debilidad.—Creánlo ustedes: para mí, el hombre más genial, fué el que inventó la cocina económica.

BERMÚDEZ.—Y los cocineros.

DONA FILOMENA.—Bermúdez... Bermúdez...

ZABALA.—No señor, para mí, nadie cocina como mi mujer.

BEBA.—Cállese, si todos pensaran como usted, estábamos lucidas.

CRIADO.—(*Entra con un estuche en la mano.*) Señora...

DOÑA PEPA.—Póngalos todos en la salita.

CHICHÍ.—(*Mirando la tarjeta.*) Apunte, Jaimito: una bombonera de las de Peña.

JAIMITO.—Muy *chic*.

BEBA.—*Very prethy*.

DON GONZALO.—¿Qué te parece, Pepa? No se pueden quejar.

DOÑA PEPA.—Sí, mandan los regalos, pero no vienen.

(*Quedan CHICHÍ, BEBA, JAIMITO y MANOLO frente a la salita mirando los regalos. DON GONZALO, DOÑA PEPA, y DOÑA FILOMENA en el centro; BERMÚDEZ y ZAVALA, paseándose a la derecha.*)

BERMÚDEZ.—Su señora, poco sale.

ZABALA.—Tiene mucho que hacer en casa.

BERMÚDEZ.—¡Oh... las mujeres caseras!

DOÑA FILOMENA.—Sí... hija. Se ha hablado tanto de ese matrimonio. Las otras tardes en lo de Núñez, comentaban las cosas de un modo...! Exageraciones, es claro.

BEBA.—Y usted no ha pensado en casarse?

MANOLO.—No, prefiero que se casen los amigos.

BEBA.—¿Por qué?

MANOLO.—Por si alguna de sus mujeres se aburre.

BEBA.—Entonces no debía enamorar a las solteras.

MANOLO.—Precisamente... para después.

BEBA.—Pretencioso!

DOÑA FILOMENA.—Naturalmente, yo no hago caso

de esas charlas. Pero, que quieren, no se debe ir contra la sociedad.

DOÑA PEPA.—Ya ves Gonzalo, lo que yo te decía: nuestras relaciones no han querido presenciar este matrimonio...

DOÑA FILOMENA.—Es que esto es demasiado moderno: cualquier día vamos a llegar al amor libre.

BERMÚDEZ.—Tu crees que vendrá el amor libre?

DOÑA FILOMENA.—Callate... anarquista. Te estas poniendo como todos.

BERMÚDEZ.—(*A ZABALA.*) Ha visto que cosas tiene mi mujer!

ZABALA.—No, señor, no las he visto.

BERMÚDEZ.—Me refiero a...

DOÑA FILOMENA.—Estos casamientos así: sin ceremonias, sin bendiciones, me parece que concluyen mal... Es un presentimiento...

DON GONZALO.—¿Y que culpa tenemos de que ellos prefieran casarse de este modo?

ZABALA.—Ya conoce el refrán: mujer casada, la pata quebrada. En cuanto tienen muchas libertades... ya... ya...

BERMÚDEZ.—Muchas veces hay que transigir.

ZABALA.—Bueno, me parece que la hora se acerca: siento algo en el estómago.

DON GONZALO.—Cuestión de ideas, señora.

DOÑA FILOMENA.—Ideas... Por echárselas de liberales. ¿Verdad Bermúdez que tengo razón?

BERMÚDEZ.—Sí, m'ija; ya lo creo.

ZABALA.—¿De que hablaban?

BERMÚDEZ.—No se; cosas de mi mujer.

(*Entra el CRIADO por el foro con otro regalo y CONSUELO por la derecha con los azahares en la mano. Después le habla en voz baja a DOÑA PEPA.*)

CHICHÍ.—Mire Jaimito: un relicario de los Ibañez. Esto debe ser burla, por que dicen que René no cree en Dios...

JAIMITO.—¿Y es muy bonito eh?

DOÑA PEPA.—Beba, ven un momento.

BEBA.—Que quieres mamá?

DOÑA FILOMENA.—Y... ¿te ha dicho algo?

BEBA.—Me parece que tiene novia.

DOÑA FILOMENA.—Es que les gusta hacerse rogar. Dile que vaya a casa de visita.

BEBA.—Pero... mamá.

DOÑA FILOMENA.—Yo bien sé lo que digo. Mira que de estos hay pocos. Anda no más.

DOÑA PEPA.—(*Después de dialogar en voz baja con CONSUELO.*) Pero habla claro, hija; habla.

CONSUELO.—Es que... no quiere, no quiere.

DOÑA PEPA.—¿Por qué?

CONSUELO.—Dice que no es necesario. Ya ve usted: ¿qué va á pensar la gente?

DOÑA PEPA.—(*A DOÑA FILOMENA.*) No le decía: esta muchacha con sus ideas y manías nos va a poner en ridículo.

DON GONZALO.—¿Qué pasa? (*Se acercan.*)

DOÑA PEPA.—Las cosas de René. Ustedes son de confianza... Ahora resulta que no quiere ponerse el traje blanco que le regaló Gonzalo, porque están de viaje...

CONSUELO.—Ni los azahares tampoco.

DOÑA FILOMENA.—Ahí tienen ustedes... los matrimonios modernos.

DOÑA PEPA.—Mira: dile a tu hermana que es un momento al fin y al cabo.

CONSUELO.—Si, voy a verla. (*Vase derecha.*)

MANOLO.—En todo caso, guarde los azahares, Consuelo! Quien sabe no tiene que ponérselos usted!

CONSUELO.—Como se ríe de la pobre solterona! (*Mutis.*)

MANOLO.—No, que esperanza.

DOÑA PEPA.—Muy mal hecho, Manolo. ¿Por qué le ha dicho eso? Pobrecita... Ella si que merecería casarse. Es una joya.

DOÑA FILOMENA.—Si; háblele usted a los hombres de joyas! Son capaces de gastarse un dinerito para regalarlas a cualquier perdida...

BEBA.—(*A MANOLO.*) ¿Eso es por usted?

DOÑA FILOMENA.—... pero en cambio niñas muy de su casa se quedan mirando a la luna.

MANOLO.—(*A BEBA.*) Y eso... es por usted?

BEBA.—Cállese, calavera. Pierda cuidado que no he de quedarme para vestir santos.

(*Entra el CRIADO con otro regalo.*)

CHICHÍ.— ¡Oh!... ¿qué es esto?

JAIMITO.— Un *necessaire*.

BERMÚDEZ.— No, es una cartera de abogado. Yo he visto una igual en el Ministerio.

CHICHÍ.— El claro! Como René es doctora! Aquí está la tarjeta. (*Leyendo.*) «Irma Roldán, doctora en medicina y cirugía. Especialista en partos y enfermedades de señoras.

DOÑA FILOMENA.— Niña, niña...

CHICHÍ.— Pero mamá, si aquí está escrito.

DOÑA FILOMENA.— Pues no se lee. Bermúdez, ¿qué te parece?

BERMÚDEZ.— Mujer... no es para tanto.

ZABALA.— Es claro... Cosas naturales.

## ESCENA II

DICHOS y RENÉ y CONSUELO *por la derecha*

RENÉ.— Pero Consuelo, no seas así. No insistas.

CONSUELO.— (*Ofreciéndole los azahares.*) Los tienes en la mano un momento.

RENÉ.— Bueno, te haré el gusto. Y en cuanto al traje, tú verás si es posible arreglarlo. ¿Cómo está, señora?

DOÑA FILOMENA.— Ya ves, hija; esperando por ti.

RENÉ.— Adiós, muchachas. (*Saludos y besos.*) Veo que al fin se animaron.

CHICHÍ.— ¡Oh!... tenemos muchísimo gusto.

RENÉ.— ¿Cómo está, Jaimito?

JAIMITO.— Muy bien: tomando lista de los obsequios.

RENÉ.— ¡Ah!... no. Hágame el favor; nada de publicidad.

JAIMITO.— Es que los hay muy bonitos.

RENÉ.— Sí, ya veo; pero me parece ridículo publicarlos. ¿Por qué todo el mundo ha de enterarse de lo que uno tiene, verdad?

ZABALA.— Muy bien dicho.

DOÑA FILOMENA.— (*A PEPA.*) Pero has visto: no parece que estuviera para casarse. Tan tranquila, como si tal cosa.

BERMÚDEZ.— Aquí no se cumple el refrán.

DOÑA FILOMENA.— ¿Cuál? No vayas a largar alguna...

BERMÚDEZ.— Es natural, es natural, que en vísperas de boda, se sienta mal...»

DOÑA FILOMENA.— Te estás poniendo muy malicioso, Bermúdez. Esas son las juntas.

BERMÚDEZ.— Pero, mujer...

DOÑA FILOMENA.— Sí, te crees que no sé que en la oficina no haces nada más que leer novelas... ¡Y qué novelas! Con ilustraciones, figúrense ustedes... Además no falta a ninguna conferencia de esos socialistas y herejes...

BERMÚDEZ.— Cuando son gratis.  
 DOÑA FILOMENA.— Cállate... anarquista.  
 BERMÚDEZ.— ¿Yo?... Con veinte años de Oficina!...  
     Escucha mujer... (*Simulan diálogo.*)  
 JAIMITO.— Entonces, ¿no publico la lista?  
 RENÉ.— No.  
 JAIMITO.— Pero la crónica, sí?  
 DOÑA FILOMENA.— Estará tan interesante...  
 RENÉ.— Si al diario le interesa.  
 JAIMITO.— Como no? El casamiento de su principal redactora...  
 BEBA.— René ¿Y el traje blanco?  
 DOÑA FILOMENA.— Parece que en estos tiempos ya no se usa.  
 RENÉ.— No señora. Como enseguida nos iremos al puerto; ... me parece mejor así. ¿Y Pablo?  
 DOÑA PEPA.— Salió hace un momento con el señor Fabre.  
 DON GONZALO.— Fueron hasta la imprenta.— Volverán en seguida.

### ESCENA III

DICHOS e IRMA ROLDÁN *por el foro*

RENÉ.— Adelante, Irma. (*Mira el reloj.*) Has estado puntual... (*Saludos.*)

BERMÚDEZ.— ¿Está es la médica?  
 ZABALA.— Sí, ella es.  
 BERMÚDEZ.— Ya me pareció..... por los lentes.  
     (*Pausa.*)  
 IRMA.— ¿Y Pablo?  
 DON GONZALO.— Vendrá en seguida.  
 RENÉ.— Mira Irma: tú y Consuelo serán mis testigos.— Han quedado los expedientes sin firmar.— Ahora en un momento...  
 CONSUELO.— Y yo... ¿podré?  
 RENÉ.— ¿Por qué no?  
 DOÑA FILOMENA.— (*A DOÑA PEPA.*) Ve usted: el progreso: en mis tiempos no pasaba esto. (*Suena la corneta de un automóvil.*)  
 RENÉ.— Deben ser ellos.  
 CHICHÍ.— Pero Jaimito, no sea impaciente... Todavía no son las seis.  
 JACINTO.— Es que tengo que asistir a una comida...  
 BEBA.— Cállese... antipático.  
 MANOLO.— Le digo que es cierto.  
 BEBA.— No puede ser.  
 MANOLO.— Me lo dijeron anoche, en el Club.  
 BEBA.— Son intrigas.  
 DON GONZALO.— Muchos enfermos, señorita?  
 IRMA.— Pocos; recién empiezo a asistir.  
 BERMÚDEZ.— ¿Y consultas?  
 IRMA.— Sí algunas; principalmente en el hospital.  
 ZABALA.— Me parece que ahí llegan. Ya era tiempo.

## ESCENA IV

DICHOS y PABLO, FABRE y *diputado* ROMERO  
*por el foro.*

PABLO.— Adelante, amigos míos.

FABRE.— Creo que no habrá mucho que esperar.

PABLO.— (*Presentando.*) La señora Masón... La señora de Bermúdez... El diputado Romero.

ROMERO.— Muchísimo gusto.

FABRE.— (*A RENÉ.*) Como está, doctora? Hemos sentido mucho no verla hoy por la imprenta, pero nos hemos acordado de usted.

RENÉ.— Muchas gracias... (*Presentando.*) La señorita Roldán... El señor Fabre... Presidente del Sindicato y gerente del diario.

FABRE.— (*Después de saludar.*) En el cual tenemos la honra de contarla entre los principales redactores... Precisamente, traigo para usted este obsequio... (*Le ofrece un estuche.*)

CHICHÍ.— Venga Jaimito, vamos a ver.

JAIMITO.— Lo conozco.

CHICHÍ.— (*Leyendo la tarjeta.*) «Le redacción de «Vida Nueva» a la doctora René Masón, como homenaje de admiración y simpatía...» Una pluma de oro!...

FABRE.— Sí, señores, una pluma de oro destinada a decirle al pueblo muchas verdades, porque

en nuestro diario caben todas las opiniones, todas las controversias, todas las ideas...

ZABALA.— Y todos los avisos.

FABRE.— Si señores; hay que ir adelante, hay que vivir la vida moderna... ¿No eso señor diputado?

ROMERO.— Me parece muy bien. (*Enfáticamente.*) Ya sabe usted que participo de las ideas avanzadas. Por eso es que asisto con gusto a esta boda, que más que un vulgar matrimonio, es la alianza de dos seres libres, de dos inteligencias y de dos voluntades que se unen en estrecho lazo para vivir la vida del amor, de la lucha, de la idea, sin convencionalismos ni prejuicios...

FABRE.— Muy bien... (*Simula diálogo con ROMERO y ZABALA.*)

BERMÚDEZ.— Muy bien; eso me parece haberlo oído en alguna conferencia...

DOÑA FILOMEMA.— Bermúdez... ¿que estás diciendo? Vení un momento.

BERMÚDEZ.— Pero mujer. (*Simulan diálogo.*)

RENÉ.— Ven Irma; tu también Consuelo. Con permiso de ustedes, un momento. (*Mutis por la salita.*)

PABLO.— (*A DON GONZALO.*) Lo noto a usted preocupado.

DON GONZALO.— Y tú, ¿estás satisfecho?

PABLO.— Sí; bien sabe usted lo que quiero a René. Pero me cabe además la satisfacción de ha-



berme unido a un ser preparado para la lucha... Me entusiasma la idea de una vida nueva, plena de audacias y satisfacciones.

DON GONZALO.— Sí; pero tengan cuidado. No se ilusionen.

ZABALA.— Fantasías, amigo: mujer casada, la pata quebrada.

ROMERO.— Ahí está el error. En mi proyecto se establecerá la situación legal de la mujer, y los derechos que a justo título le corresponden y de que hoy se ve privada por nuestro egoísmo. Ya le hemos dada una Universidad y empleos en la Administración Pública.

ZABALA.— Bueno, sigan, no más. Ya veremos.

ROMERO.— Hay que ir adelante, amigo mío. Es necesario que no perduran las injusticias. El feminismo está en marcha... y nadie lo detendrá.

### ESCENA V

DICHOS, JUEZ DE PAZ y ESCRIBIENTE

DONA PEPA.— Gonzalo, ya ha llegado el Juez.

DON GONZALO.— Adelante, adelante. (*Saludos.*)

EL JUEZ.— He demorado algo?

PABLO.— No, es buena hora. ¿Están prontos los expedientes?

EL JUEZ.— Sólo faltan las firmas de dos testigos. Ahora las pondremos.

DON GONZALO.— Yo ya firmé.

ROMERO.— Yo también.

PABLO.— Serán los de René, entonces. Aquí viene.

### ESCENA VI

DICHOS, RENÉ, IRMA y CONSUELO

PABLO.— René, faltan las firmas de tus testigos.

DOÑA PEPA.— Podíamos ir pasando a la salita.

JUEZ DE PAZ.— Sí, allí arreglaremos todo. ¿Quiénes son sus testigos?

RENÉ.— La doctora Irma Roldán y mi hermana Consuelo Masón.

JUEZ DE PAZ.— ¿Cómo? ¿Las dos señoritas?

RENÉ.— Sí; ¿qué tiene de particular?

JUEZ DE PAZ.— La verdad... me sorprende... Para mí es la primera vez que...

RENÉ.— Pero, ¿qué inconveniente?

JUEZ DE PAZ.— Los Inspectores de Registro son muy exigentes y...

RENÉ.— En la ley no hay ninguna disposición prohibitiva y no habiéndola, debe interpretarse su silencio en el sentido...

JUEZ DE PAZ.— Sí, pero habla de *testigos*.

RENE.— Pero señor... ¿las mujeres no hemos de servir ni siquiera para eso? Podría a usted citarle ahora mismo...

JUEZ.— Bueno, yo no hago cuestión... Se hará así.

CONSUELO.— Escucha: si tu quieres, yo...

RENÉ.— No faltaba más; yo se lo que digo.

BERMÚDEZ.— (A ZABALA.) ¿Ha visto la dotorcita?

ZABALA.— Y usted ¿qué opina?

BERMÚDEZ.— Yo... (Ante una mirada de su mujer.) Nada.

DON GONZALO.— René, creo que no hay nada que esperar. Pase señor Juez... Pasen señores.

(Todos se encaminan hacia la puerta derecha y van entrando en la salita a medida que lo indica el diálogo, quedando en la puerta FABRE, ZABALA y BERMÚDEZ.)

CONSUELO.— Pero René, con ese traje!

RENÉ.— Si enseguida nos vamos. No te preocupes

CHICHÍ.— (A JAIMITO.) Que me cuenta del *trousseau*.

JAIMITO.— Oh... *denier cri!*

DOÑA FILOMENA.— (A PEPA.) Qué quieres, hija, no lo puedo remediar. A cualquiera se le ocurre que aquí falta algo. Parece que fuéramos a una escribanía a firmar contratos. El progreso; el progreso... (Mutis.)

DOÑA PEPA.— Que quiere usted...! (Mutis.)

JAIMITO.— Ah... Es mi manía: solterón, solterón.

CHICHÍ.— ¿Por qué no entra en una hermandad?

JAIMITO.— ¿Qué bromista, eh? (Mutis.)

BERMÚDEZ.— Cada vez que presencio estas ceremonias me acuerdo del refrán: casamiento y mortaja, del cielo bajan.

FABRE.— Entonces para usted, su mujer es un angel, por que bajo del cielo...

ZABALA.— Del cielo... raso.

BERMÚDEZ.— Hombre, no había pensado.

(Pausa.— Se oyen algunos murmullos de la salita. El Juez comienza a leer los expedientes.)

## ESCENA VII

FABRE, ZABALA y BERMÚDEZ volviendo al «hall»

FABRE.— Mejor esperemos aquí a que termine la ceremonia. Esto dura poco.

ZABALA.— Y que tal señor Fabre, ¿cómo marcha el diario y los negocios?

FABRE.— (Paseándose.) Bien, bien. Se lucha con algunas dificultades... A mi me entusiasma el negocio.

ZABALA.— Pero usted nunca ha sido periodista?

FABRE.— ¿Yo... qué esperanza? He probado fortuna en todas partes y de todos modos. Pri-

mero en Europa y ahora en América. Supe los enormes adelantos de estos países del Plata y me resolví a venir a fundar una empresa. Aquí hay mucho que hacer... Falta un poco de confianza... Si supieran ustedes lo que me ha costado formar un pequeño sindicato para el diario. Al fin he salido adelante...

BERMÚDEZ.— Si, si. . (*Próximo a dormirse.*)

FABRE.— (*A ZABALA.*) Creo que todo va a andar bien. Hay muchos periódicos es cierto, pero no dan la nota moderna, palpitante...

ZABALA.— Y René trabaja mucho?

FABRE.— Si... Ya la gente empieza a preocuparse de estas cuestiones de feminismo y nadie mejor que ella...

ZABALA.— Diga, señor Fabre: ¿ es cierto que usted es austriaco?

FABRE.— Escuche amigo: por ahora americano... y basta. Esto parece que se concluye .. Pero mire usted a nuestro amigo.

ZABALA.— Señor Bermúdez.

BERMÚDEZ.— (*Despertando.*) Ah... Es una debilidad que siento. . Ya hace tiempo que ..

ZABALA.— Ahora tendrá oportunidad de reponerse. ¡ Hay unas croquetas...!

## ESCENA VIII

DICHOS y RENÉ, PABLO, DOÑA PEPA, DON GONZALO, *después*, DOÑA FILOMENA, ROMERO, IRMA, CONSUELO, JAIMITO, MANOLO, BEBA, CHICHÍ, JUEZ DE PAZ y ESCRIBIENTE.

PABLO.— Ya ven ustedes si es sencillo todo esto.

RENÉ.— Muy bien, tíos, así me gusta; nada de aflicciones.

FABRE.— Claro... Las tragedias... para el teatro.

ROMERO.— (*A IRMA.*) Ya ve usted que muy pocas fórmulas van quedando.

DOÑA FILOMENA.— (*Muy compungida.*) Hija... Ojalá seas muy feliz. (*Llorando.*) Te lo digo de todo corazón... (*Entra un criado y le habla al oído a CONSUELO, que sale por el foro.*)

RENÉ.— Lo creo, señora... ¿ Por qué se aflige?

DOÑA FILOMENA.— Nada... tengo presentimientos... Que quieres, no lo puedo remediar.

BERMÚDEZ.— Es tan impresionable!

(PABLO *despide* al JUEZ y ESCRIBIENTE, *acompañándolos hasta el foro donde se saludan.*)

DOÑA PEPA.— Venga Filoma, pase un momento a mi cuarto. Después venimos.

BERMÚDEZ.— Si, mujer. Yo te llevaré una copita.

BEBA.— Descansa un momento, mamá.

CHICHÍ.— Es claro.

DOÑA FILOMENA.— Bueno, vamos. Beba: ya sabes eh?

BEBA.— Si, mamá.

DOÑA FILOMENA.— (A BERMÚDEZ, desde lateral izquierda.) Y tú, a ver como te portas. Ya vendré yo enseguida; no me he de morir, pierdan cuidado, no me he de morir...

BERMÚDEZ.— Si, mujer, si.

DOÑA FILOMENA.— ¿Cómo dices?

BERMÚDEZ.— No mujer, no. No te has de morir.

(DOÑA PEPA y DOÑA FILOMENA, mutis por primera izquierda.)

DON GONZALO.— Pablo, invítalos a pasar al comedor.

PABLO.— Si señores, una copa de champagne y un poco más de alegría.

DON GONZALO.— Zabala, te llegó la hora.

ZABALA.— Ya era tiempo. (Todos se encaminan hacia lateral derecha.)

(Rumor de voces de varios diálogos.)

## ESCENA IX

DICHOS y CONSUELO y LUCÍA por el foro. Ésta con un ramo de flores.

CONSUELO.— René, esta señorita está aquí hace un rato y desea ofrecerte...

PABLO.— Ah...!

RENÉ.— ¿Qué pasa?

PABLO.— Nada; tanto rato esperando.

CONSUELO.— Pase Lucía.

LUCÍA.— (A RENÉ.) Señorita... digo, señora: La Sociedad de Costureras y Modistas unidas que tiene en usted al más valiente y sincero defensor, me ha encargado que le ofrezca este pequeño obsequio, en prueba de gratitud.— Yo cumplo... gustosa ese pedido... y la felicito de todo corazón... (Con mucha emoción, al final llora.)

RENÉ.— Muchas gracias. (Toma el ramo y le da la mano.) Se ha emocionado usted?

LUCÍA.— No, no es nada, ya pasó.

ROMERO.— Esto es emocionante! ¡Qué hermoso espectáculo!

IRMA.— Adiós René.— Ya sabes que no puedo demorarme.

RENÉ.— Adiós. Bueno señores: me figuro que ustedes no nos abandonarán.

PABLO.—Vamos René. (*Se encaminan al comedor.*)

IRMA.—Usted don Gonzalo, me disculpará con la señora y amigos.—Adiós Consuelo. (*Mutis por el foro.*)

JAIMITO.—¿Quiere usted ir conmigo?

CHICHI.—Muchas gracias.

MANOLO.—Ahora, si, Beba; le ofrezco mi brazo, champagne y todo lo que usted quiera.

BEBA.—Vamos... pero cuidado! eh? (*Todos van entrando al comedor.—Murmullo de voces.—Se descorcha champagne.*)

LUCÍA.—Yo también me voy.

CONSUELO.—No, espere un momento, tengo que hablarle... ¿ha visto los regalos? (*Bermúdez sale del comedor.*) Señor Bermúdez, ¿usted sería tan amable que nos trajera dos copitas de champagne?

BERMÚDEZ.—Con muchísimo gusto.—Pero esperen un momento. (*Atraviesa la escena rápidamente y mira hacia lateral izquierda.*)

LUCÍA.—Después los veo.—Ahora tengo que irme.

CONSUELO.—Es que tengo que hablar con usted.

BERMÚDEZ.—Ahora sí; vuelvo en seguida con champagne y todo... Un día de vida, es vida, ¡qué diablos! Hay que estar alegres.

(*Entra al comedor donde hay rumores y voces de alegría.*)

CONSUELO.—Aquí, solas, estamos bien. (*Se sientan*

*frente a la salita.*) Un poco lejos del ruido. Le aseguro que me marea ese conversadero. Pues tenía que decirle que habrá que hacer unas costuras en casa y deseo que usted venga a ayudarme.—Hay que arreglar el traje de novia de René. Figúrese usted que no se lo ha puesto y es una lástima. Yo tengo moldes y figurines.

LUCÍA.—Ahora tenemos mucha costura en el taller, pero el lunes...

CONSUELO.—Sí, la espero. Viene de mañana y se queda a almorzar.

## ESCENA X

DICHOS y BERMÚDEZ y CRIADO, después PABLO

BERMÚDEZ.—(*Con el CRIADO, que trae una botella, una bombonera y varias copas.*) Por aquí, por aquí. Bastante trabajo me ha costado, pero así estaremos los tres bien tranquilos. Hay que alegrarse en este día. (*A PABLO, que sale.*) Hola, muchacho: ¿has dejado sola a tu mujer?

PABLO.—Sí, un momento; me duele un poco la cabeza... pero pasará. (*Se pasea agitando fumando.*)

BERMÚDEZ.— (*Ofreciendo champagne.*) Bah... esto no hace mal. Hoy es día de jarana. ¿Tú no quieres?

PABLO.— No, gracias.

BERMÚDEZ.— Bueno, ahora me toca a mí. Qué quieren, yo también tengo debilidad por el champagne. Esto alegra, rejuvenece... (*Alzando la copa.*) Brindo a la salud de...

#### ESCENA XI

DICHOS y DOÑA FILOMENA, *por primera izquierda*

DOÑA FILOMENA.— (*Voz interior.*) Bermúdez...

BERMÚDEZ.— ... de mi mujer.

DOÑA FILOMENA.— ¿Qué haces?

BERMÚDEZ.— Nada, hija: te estaba dedicando un brindis. Como no podías venir.

DOÑA FILOMENA.— Yo te voy a dedicar otro. Acompáñame al comedor.

BERMÚDEZ.— Vamos.

CONSUELO.— Señora, ¿y tía Pepa?

DOÑA FILOMENA.— Quedó rezándole a la virgen. Y no es para menos, con las cosas que hoy ocurren... Vamos Bermúdez. (*Mutis hacia el comedor.*)

PABLO.— Consuelo, ve a invitarla a venir un mo-

mento con nosotros. Dile que la esperamos.

CONSUELO.— Bueno, pero si aun está rezando no le digo nada.

PABLO.— Sí... que venga... (*Mutis de CONSUELO, primera izquierda.*)

#### ESCENA XII

PABLO y LUCÍA

PABLO.— ¿A qué has venido? ¿Qué pretendes?

LUCÍA.— Ya lo has visto. A traerles flores.

PABLO.— Gracias... No es esa tu intención. Di la verdad: ¿qué te propones? Esto ha sido premeditado.

LUCÍA.— Sí, yo mismo pedí para venir. Quería convencerte con mis propios ojos de tu abandono. Esto es horrible, Pablo. ¿Por qué te burlaste de mí?

PABLO.— Calla; ¿no comprendes mi situación?

LUCÍA.— Te lo he dado todo, todo. Tú has sido el hombre que más he querido en mi vida.

PABLO.— Si, calla. (*Mirando preocupado hacia el foro.*)

LUCÍA.— He sido toda tuya, toda... Y ahora ya ves. (*Llora.*)

PABLO.—... Ya no hay remedio. Aquello no podía seguir toda la vida.

LUCÍA.—Por que mentiste, entonces?

PABLO.—Después te explicaré.

LUCÍA.—Habla ¿por qué?

PABLO.—¿No comprendes?

LUCÍA.—Una sola palabra...

PABLO.—Basta, basta. ¿Quieres dar un escándalo? Bien, cumple tu propósito. Anda, dile a todos que has sido mi querida. Pero concluyamos de una vez... Anda, dilo.

LUCÍA.—No, Pablo; bien sabes que no lo haré... porque todavía te quiero: Sí, te quiero con toda mi alma.

PABLO.—Entonces?...

LUCÍA.—Sí, ya me voy... no hay remedio... (*Transición.*) Pero no me olvides; yo seré siempre la que te quiere más.

PABLO.—(*Yendo hacia el foro.*) Sí, sí.

LUCÍA.—Aunque sea un minuto ve a verme. (*Medio mutis.*) No te pediré nada, no te exigiré nada... Haré lo que tu quieras...

PABLO.—Gracias, Lucía, eres muy buena.

LUCÍA.—(*Desde el foro.*) Es que te quiero... y te querré siempre... siempre tuya... siempre. (*Mutis.*)

PABLO.—¡ Ah, por fin! (*Va hacia lateral izquierda. Pausa.*) ¡Venga aquí con nosotros. Nada de tristezas en este día.

### ESCENA XIII

PABLO y CONSUELO y DOÑA PEPA *por izquierda*

CONSUELO.—¿Y Lucía?

PABLO.—Se fué hace un momento. Dijo que no podía esperar más. Que después vendría.

CONSUELO.—Pobre, tan buena!

DOÑA PEPA.—Estoy un poco cansada, me quedaré por aquí. (*Se sienta.*)

PABLO.—Ahí viene René.

### ESCENA XIV

DICHOS y DON GONZALO y RENÉ

DON GONZALO.—A propósito Pablo: aprovecho este momento que estamos en familia para decirte que esta casa siempre será de ustedes y que mi deseo sería que vinieran a ella.

PABLO.—Gracias, gracias. Por ahora tendremos la nuestra... y todo irá bien.

RENÉ.—Sí, queden tranquilos. Se que les debo todo y no lo olvidaré nunca.

DOÑA PEPA.—Y no te atarees mucho. Usted Pablo, tenga cuidado.

RENÉ.—Oh... habrá tiempo para todo. Para Pablo, para ustedes, para el diario, para el estudio. Verán que vida más activa va a ser la nuestra.

DON GONZALO.—Ahí quedan algunos libros tuyos. Te los enviaré al escritorio.

RENÉ.—Después habrá tiempo. Vamos Consuelo, voy a traer el abrigo y el sombrero.

CONSUELO.—Sí, vamos.

PABLO.—Yo también, vuelvo enseguida. (*Mutis derecha.*)

#### ESCENA XV

DICHOS, DOÑA FILOMENA, BERMÚDEZ, CHICHÍ y JAIMITO

DOÑA FILOMENA.—(*Abanicándose.*) Ah... hija, es una sofocación. He tomado dos copitas y estoy mareada.

BERMÚDEZ.—¿Dos... o cuatro?

DOÑA FILOMENA.—Bermúdez...! Niñas, vengan aquí.

CHICHÍ.—Aquí estoy, mamá.

DOÑA FILOMENA.—... Todavía me siento muy emocionada... ¿Y su crónica Jaimito, saldrá mañana?

JAIMITO.—Nada más que la lista de concurren-

cia... A propósito: ¿cómo es el nombre de esa doctora que fué testigo de René?

DOÑA FILOMENA.—La médica?

JAIMITO.—Sí, esa.

DON GONZALO.—Irma Roldán.

DOÑA FILOMENA.—Y se han fijado ustedes que maneras más liberales tiene la señorita! Bueno, la verdad: a una persona que ha visto el cuerpo humano por dentro y por fuera... no le queda nada que ver.

#### ESCENA XVI

DICHOS y FABRE

FABRE.—Me vengo con ustedes por que aquello está convertido en tribuna libre. El diputado Romero pretende convencer a Zabala de los progresos del feminismo...

BERMÚDEZ.—Pero Zabala no se convence.

FABRE.—Escucha y... come. ¿Y los novios? Verán ustedes: les tengo preparada una sorpresa. (*Mira el reloj.*) Ya son las seis; pero no importa; habrá tiempo. Se trata de una sorpresa periodística. Y va a ser un lindo espectáculo. El diario asociándose a la fiesta y publicando en su primera página las foto-

gracias de un matrimonio moderno. Es una nota nueva e interesante y vamos a tener buena venta. Ya la gente empieza a preocuparse de estas cosas como del folletín y la policía. El mundo marcha, señores.

BERMÚDEZ.— Muy bien dicho: el mundo marcha.

DOÑA FILOMENA.— Estás inspirado, Bermúdez, muy inspirado!

#### ESCENA XVII

DICHOS, BEBA y MANOLO, *después* ROMERO y ZABALA

BEBA.— (*Muy agitada.*) Bueno, bueno... peor para usted.

MANOLO.— Pero escuche... yo le diré.

BEBA.— No quiero saber nada.

DOÑA FILOMENA.— Pero Bebita ¿que te pasa?

BEBA.— Que a Manolo le ha dado por llevarme la contra en todo.

MANOLO.— No crea, señora.

DOÑA FILOMENA.— Discúlpela: es tan mimosa! Pero eso sí, es muy buena.

BEBA.— ¡Mamá! (*Acercándose.*)

DOÑA FILOMENA.— (*Despacio.*) Mira como tienes la cara eh?

BEBA.— Si, el calor... uff...

MANOLO.— Yo la abanicaré si usted quiere.

BEBA.— Gracias.

DOÑA FILOMENA.— Pero niña, no seas así. ¿Que te parece, Bermúdez?

JAIMITO.— Lo que veo es que si los novios se demoran van a perder el vapor. Ya son las seis.

FABRE.— Tienen tiempo. Yo los acompañaré a la dársena.

ROMERO.— (*Saliendo del comedor con ZABALA.*) Si amigo; convéznase, todo evoluciona, todo se modifica. Ya no hay leyes permanentes ni cosas eternas...

ZAVALA.— Puede ser.

DON GONZALO.— Que tal Zavala... ¿ha sido grande el atracón?

ZABALA.— Bah... lo que siento es que no voy a poder comer una mayonesa que debe haber preparado mi mujer.

#### ESCENA XVII

DICHOS y PABLO, *después* RENÉ y CONSUELO *por derecha.* Luego UN CRIADO *por el foro.*

PABLO.— (*Con abrigo y sombrero.*) La hora se acerca. ¿Y René?

DOÑA PEPA.— Vendrá en seguida.

FABRE.— Amigo; no hay que alargar mucho la luna de miel.

PABLO.— Pierda cuidado, somos personas serias. El amor... y el trabajo, pueden y deben marchar juntos.

FABRE.— Muy bien dicho: nada de sentimentalismos.

RENÉ.— (*Saliendo con CONSUELO.*) Sí, Consuelo, pierde cuidado.— Tendré en cuenta todas esas cosas.

CONSUELO.— Y no olvides de mandar telegrama en cuanto llegues.

RENÉ.— Muy bien, muy bien.

UN CRIADO.— (*Por el foro.*) Señora, esta carta para usted.

RENÉ.— (*Rompiendo el sobre.*) Ah... de «La Liga Feminista».

FABRE.— No podía faltar en esta ocasión.

BERMÚDEZ.— También desde hace tiempo hay una cantidad de ligas... Patrióticas, por la tuberculosis, de propietarios, de peluqueros y ahora... feminista.

FABRE.— Y usted ¿que liga prefiere?

BERMÚDEZ.— La de las mujeres... naturalmente.

DOÑA FILOMENA.— ¡Qué gracioso!

ROMERO.— ¿Y se puede saber lo que dicen esas simpáticas revolucionarias?

RENÉ.— (*Le da la nota.*) Sí... en ocasión de mi casamiento me nombraron Presidenta Honoraria del Centro.

DOÑA FILOMENA.— Y tu ¿aceptas?

RENÉ.— ¿Por qué, nó? Son muy buenas, simpatizo

con su causa y he de consagrar mis mejores afanes en su defensa. El porvenir será nuestro, señora...

DOÑA FILOMENA.— Así dicen...

(*Óyense gritos desde la calle: «Vida Nueva», «Vida Nueva», diario de última hora... «Vida Nueva», etc.*)

FABRE.— ¡Ah... ya está! ¿Oyen ustedes?

PABLO.— ¿Qué pasa?

FABRE.— Una sorpresa que les tenía preparada. He querido que al salir ustedes de esta casa rumbo al porvenir, resonara desde la calle un saludo de simpatía que les envía el diario...

ROMERO.— Muy bien. He ahí un acento simbólico. Esas voces pregonan el triunfo de las ideas sobre el prejuicio. Es la nueva marcha nupcial que saluda a los cruzados de la religión del amor, de la justicia, de la solidaridad.

DOÑA FILOMENA.— Lo que es a éste no le falta letra menuda ni jarabe de pico...

DOÑA PEPA.— ¡Qué cosas, Dios mío!

PABLO.— Pues al son de esa marcha emprendaremos la ascensión. Adiós don Gonzalo, adiós señora. (*Saludos y abrazos.*)

RENÉ.— Adiós tíos... no hay que aflijirse... Adiós Consuelo.

FABRE.— Yo tendré el honor de acompañarlos como

un amigo sincero que se complace en la dicha de ustedes. Vamos, Romero.

DOÑA FILOMENA.—Este otro me parece un pájaro... que... ya... ya...

PABLO.—(Con RENÉ, hacia el foro.) Y nada de despedidas trágicas. A la felicidad debe saludársele con una sonrisa. Nosotros vamos a conquistarla sonriendo de emoción y de esperanza. ¿Verdad, René?

RENÉ.—Sí, vamos.

FABRE.—Esto me entusiasma. Adelante siempre.

ROMERO.—Muchísimo gusto. (Despidiéndose.) Hasta otro momento. (Los cuatro mutis por el foro.)

DON GONZALO.—Esta es su casa.

CHICHÍ.—Vamos hasta la puerta para verlos desde allí.

JAIMITO.—Yo me marchó en seguida.

BEBE.—¿Vamos?

MANOLO.—¿Irás luego al Biógrafo?

BEBE.—Iré.

### ESCENA XIX

(BEBÉ, CHICHÍ, JAIMITO y MANOLO frente al foro. DON GONZALO y DOÑA PEPA sentados y secándose las lágrimas. DOÑA FILOMENA consolándolos. BERMÚDEZ medio dormido y ZABALA bostezando. CONSUELO irá hasta el comedor, apagará las luces y regresará situándose cerca de DON GONZALO y DOÑA PEPA. Continúan los gritos de la calle hasta que comienza el diálogo.)

DOÑA FILOMENA.—Pero Bermúdez, parece mentira! BERMÚDEZ.—(Incorporándose.) Ah... ¿que son esos gritos?

DOÑA FILOMENA.—Del intierno... Niñas, ¿que hacen ustedes?

CHICHÍ.—Ya se van, ya se van.

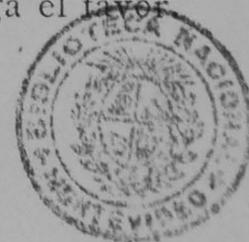
BEBE.—Cuanta gente! Algunos aplauden.

CHICHÍ.—Venga, mamá: ya se van, ya se van. (La toma del brazo.)

DOÑA FILOMENA.—(Acercándose al foro.) Vaya una gritería y un escándalo, están locos, locos.

BERMÚDEZ.—Vamos a verlos. (Encaminándose con ZABALA hacia el foro.) Que quiere amigo, cada vez que presencio estas cosas me acuerdo del refrán: «Casamiento y mortaja del cielo bajan».

ZABALA.—Que van a bajar hombre; haga el favor



CONSUELO.— (*Después de una pausa.*) ! Los azahares...! Los han olvidado! (*Se oye el toque de una corneta de automóvil y los gritos de los vendedores de diarios: «Vida Nueva», etc.*)

DON GONZALO.— (*A DOÑA PEPA.*) La vida nueva... la vida nueva! Solo nosotros nos quedamos con nuestra vida vieja!...

CONSUELO.— (*Viniendo hacia ellos.*) No, solos, no.

DOÑA PEPA.— Ah... Consuelo.

DON GONZALO.— Ven hija mía... (*La sienta a su lado. Abraza a CONSUELO y DOÑA PEPA.*) Aquí... aquí... los tres juntos... juntos... (*Los de el foro saludan hacia la calle. Se oyen los aplausos y gritos de «Vida Nueva» hasta el final.*)

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

*(Redacción de «Vida Nueva».— A mitad de escena un tabique divisorio con puerta practicable. — A la derecha: sala de redacción; dos escritorios y biblioteca; sillas y sillones tapizados de cuero; diarios, papeles y aparatos telefónicos sobre los escritorios; al foro puerta practicable que conduce a un pequeño «hall»; en la parte lateral puerta practicable con la inscripción: «Sala de Redactores».— A la izquierda del tabique: secretaria de redacción; una mesa grande atestada de papeles y diarios, lapiceras, tinteros, tijeras, goma, etc.; sillas de viena; en las paredes, colección de diarios colgando de ganchos; al foro puerta practicable y vidriera o transparente por donde se divisa el taller tipográfico; lateral dos puertas practicable, una de ellas con el letrero: «Cronistas y Reporters».— Timbres y aparatos telefónicos.— Es de tarde.)*

## ESCENA I

SECRETARIO y REPÓRTERS 1.º y 2.º

(Al levantarse el telón aparece el SECRETARIO de redacción leyendo unos recortes de diario con las tijeras en la mano. Los dos repórters, de pie, al lado de la mesa, corrigiendo pruebas.)

SECRETARIO.— (Leyendo.) En esas condiciones no fué posible obtener que confesara y dióse por terminada la vista...

REPÓRTER 1.º.— ... Armonía... armonía... Ché: ¿armonía es con hache?

REPÓRTER 2.º.— Hacé el favor... (Leyendo.) Ganada por la cabeza. Tiempo 1'23 y 3/5.

SECRETARIO.— La vista fiscal pide veinticinco años pero se cree...

REPÓRTER 1.º.— (Al SECRETARIO.) Decí: armonía es con hache?

SECRETARIO.— (Leyendo.) ¡Qué bárbaro, qué bárbaro!

REPÓRTER 1.º.— Ché, che, che... no tanto.

SECRETARIO.— No, si no es por vos. Es lo mismo con h que sin h.

REPÓRTER 1.º.— Es que si uno se descuida, los linotipistas le hacen decir un macanazo.

SECRETARIO.— Mejor tené cuidado de no escribirlos.

REPÓRTER 1.º.— Avisá...

SECRETARIO.— Bueno, muchachos: me ha dicho el señor Fabre que hay que moverse un poco mas. (Al REPÓRTER 2.º) Mirá: *La Vanguardia* anuncia para la 2.<sup>a</sup> edición el handicap de la carrera de potrillos... Pregunta al Jockey Club (Al REPÓRTER 2.º) Y tu hacé el favor: aquí vienen en *La Lucha* cuatro noticias del Ministerio de Industrias que nosotros no las tenemos.

REPÓRTER 1.º.— Es que no pude ir.

SECRETARIO.— Es que yo tampoco puedo seguir haciendo de tapadera. El mejor día se entera Fabre y ya sabés. Te ganas una multa y te la descuentan en la quincena.

REPÓRTER 1.º.— (Cantando.) Que me importa que no paguen la quincena, no me da pena...

REPÓRTER 2.º.— (Llamando por teléfono.) Hola, hola... Señorita, haga el favor... Con el Jockey Club: 1554 central... 15-54... hola, hola... si... 1-5-5-4... central.

## ESCENA II

DICHOS y PABLO por la izquierda

PABLO.— Buenas tardes, señores.

SECRETARIO.— Buenas tardes.

PABLO.— ¿Usted es el Secretario de Redacción?

SECRETARIO.— Si señor.

PABLO.— Dígame: mi mujer ha estado por aquí?

SECRETARIO.— La doctora Masón?... Creo que todavía no... (*Va hasta la puerta del tabique.*)

Voy a ver... No señor, todavía no ha llegado.

PABLO.— Es extraño, vengo de casa y allí tampoco está. Habrá ido al Juzgado... Hasta luego señores... (*Mutis izquierda.*)

SECRETARIO.— Hasta luego.

### ESCENA III

DICHOS, menos PABLO. Después FABRE  
y JUAN GONZÁLEZ

REPÓRTER 1.º— Que me contás: ha perdido a la mujer. ¿Y éste, cómo se llama?

SECRETARIO.— No sé: lo conocemos por el marido de René Masón.

REPÓRTER 2.º— (*Siempre frente al teléfono.*) Hola, hola... pero señorita, haga el favor... 15-54 central sí... 1-5-5-4. Mire que espero, eh?

SECRETARIO.— Esperá sentado, es mejor.

REPORTER 2.º— La verdad que es un servicio imposible.

SECRETARIO.— Ah... el teléfono. Tomá asiento, hombre.

REPORTER 1.º— Pobres! tienen mucho trabajo.

SECRETARIO.— Que hacés, socialista. Mejor sería que fueses hasta la Casa de Gobierno a buscar noticias. Siempre llegas el último.

REPORTER 1.º— Que querés: yo y los ministros no vamos hasta las cuatro.

GONZALEZ.— (*Desde lateral izquierda.*) Buenas tardes.

SECRETARIO.— ¿Qué desea?

GONZALEZ.— Aquí vive la doctora Masón?

SECRETARIO.— No vive, pero viene.

GONZALEZ.— Sabe... yo soy Juan González.

REPORTER 1.º— Ah... ¿usted? Pues ya ha metido ruido.

GONZALEZ.— Ustedes sabrán. Dos meses en la cárcel por robar pan y carne...

SECRETARIO.— ¿Y qué desea?

GONZALEZ.— Como la doctora me defendió en los Tribunales y escribió en el diario y me sacó en libertad... pues... quería darle las gracias.

REPORTER 1.º — Lindos honorarios!

SECRETARIO.— Si quiere esperarla, siéntese un momento,

GONZALEZ.— Está bien. (*Se sienta.*)

REPORTER 2.º— Se fijaron que en los pronósticos del domingo dí cinco ganadores.

SECRETARIO.— ¿Y cuánto ganaste?

REPORTER 2.º—Dejame... A última hora me vinieron con el dato de «Arlequín» y ni se vió.

REPORTER 1.º—Lo de siempre. (*Entra FABRE por el foro derecha, con unos papeles en la mano; se sienta un momento frente al escritorio y lee con gestos de desagrado.*)

REPORTER 2.º—Pero para mañana en Palermo, tengo tres fijas...

REPORTER 1.º—Para mañana!

REPORTER 2.º—En la primera «Coqueta con 43 kilos es un calote... Pero, ¿qué saben ustedes... hola... hola... señorita 1554 cental... haga el favor.

REPORTER 1.º—Para mañana. (*Suena el timbre de la redacción.*)

SECRETARIO.—Debe ser Fabre. Bueno, muchachos: basta de sebo... Ya saben que hay que moverse... (*A REPORTER 1.º*) Tomá, revisá este telegrama. (*Va hasta la redacción.*)

#### ESCENA IV

DICHOS y FABRE

(*Mientras el SECRETARIO va hasta la sala de redacción y habla con FABRE, el REPÓRTER 2.º vuelve a llamar por el teléfono y habla.*)

*Las dos escenas simultáneas. El REPORTER hablará en voz alta hasta que lo indique el diálogo.*)

REPÓRTER.—Hola... hola... Con la redacción de *Vida Nueva*... sí, redacción de *Vida Nueva*. ¡Ah!... ¿cómo está, señor? Es para ver si puede decirme como queda el handicap del premio «Montevideo». (*Más despacio.*) Sí... Sí... Bueno, si usted lo manda, mejor... ¿A qué hora? Perfectamente. Muchas gracias.

SECRETARIO.—Buenas tardes.

FABRE.—Buenas... ¿Ha venido la correspondencia?

SECRETARIO.—Todavía no, pero no puede demorar.

FABRE.—Hee... Hablen más despacio.

SECRETARIO.—(*Desde la puerta del tabique.*) Más despacio.

FABRE.—¿Hay mucho material?

SECRETARIO.—Sí, bastante.

FABRE.—¿Están todos los redactores?

SECRETARIO.—Voy a ver... (*Mira lateral derecha.*)

Sólo falta la doctora Masón. Estos días ha estado un poco enferma.

FABRE.—¿Pero, mandó original?

SECRETARIO.—Sí: sobre la defensa libre, la huelga de costureras y el suelto contestando a *La Lucha*.

FABRE.—¿Es de ella ese suelto?

SECRETARIO.—Sí, señor.

FABRE.—Está bastante fuerte, pero no importa. (Pausa.) Oiga: esto no puede seguir así. Está visto que el público quiere menos literatura, menos ideas, menos sermones y... más noticias. La noticia: *voilà tout*. ¿No ha venido el corredor de avisos?

SECRETARIO.—Dejó dicho en la Administración que quería hablar urgentemente con usted y que volverá a las cinco.

FABRE.—Está bien... (Medio mutis del Secretario) ¡Ahl... escuche: ese asunto del robo de alhajas hay que complicarlo un poco, hay que estirarlo hasta que venga otro. Ese cronista policial que se mueva.

SECRETARIO.—Es que no hay más información.

FABRE.—No importa. Estos días la venta anduvo muy floja. Es claro: ¿dónde se ha visto? Hace quince días que no hay un crimen! Además, salen pocos telegramas de provincias y del extranjero.

SECRETARIO.—No hay novedades.

FABRE.—¿Ni siquiera revoluciones?

SECRETARIO.—Por el momento, al menos. (Medio mutis. Pausa.)

FABRE.—Diga: ¿cuántos avisos fúnebres han traído hoy?

SECRETARIO.—Hasta ahora, cuatro.

FABRE.—¿Nada más? Parece mentira... Bueno,

está bien. (Mutis del SECRETARIO hacia la Secretaría. FABRE queda un momento frente al escritorio, después sale por el foro, entrando en los talleres.)

## ESCENA V

SECRETARIO.—Bueno, bueno. muchachos; basta de sebo. Tú en marcha para el Ministerio.

REPÓRTER 1.º—Es verdad: hoy tenemos acuerdo.

SECRETARIO.—Tenemos, tenemos; este es como los tenderos: hemos recibido...

REPÓRTER 1.º—Hasta luego.

SECRETARIO.—Y cuidado con las noticias. Sino ya verás en la quincena.

REPÓRTER 1.º—¿A mí?... bah... bah... (cantando.) ¡Qué me importa que no paguen la quincena, no me da pena... (Mutis izquierda.)

## ESCENA VI

SECRETARIO, REPÓRTER 2.º, GONZÁLEZ, después PORTERO y JAIMITO por la izquierda.

REPÓRTER 2.º—¡Qué rico tipo!

SECRETARIO.—¡Oh... cuando tenga los años que yo

llevo en oficio no va a cantar tanto. (*Desperesándose.*) Ah...

REPÓRTER 2.º—La verdad que tú debes estar cansado.

SECRETARIO.—Date cuenta. ¡Quince años manejando la pluma...

REPÓRTER 2.º—Y la tijera y el engrudo.

SECRETARIO.—Todos marchan, todos suben, todos progresan...

REPÓRTER.—El cuarto de hora, hermano.

SECRETARIO.—El cuarto de hora... Esperalo, no más...

PORTERO.—(*Entra por lateral izquierda con un paquete de diarios y cartas.*) La correspondencia.

SECRETARIO.—Déjela ahí. (*Mutis del PORTERO.*) Vamos a ver. (*Empieza a hojear diarios y abrir cartas. Pausa.*)

JAIMITO.—(*Lateral izquierda.*) Caballeros... ¿hay algo para mí?

SECRETARIO.—Sí... cronista social, cronista social... (*Le dá algunas cartas.*) Estás muy favorecido.

JAIMITO.—Psch... lo conocen a uno... Mirá: (*Leyendo.*) «Ausentose para su estancia en Casupá la familia de Cepeda. Regresará a fines del Otoño.»

SECRETARIO.—¿Quién te escribe?

JAIMITO.—Ellos mismos; siempre me avisan.

SECRETARIO.—Son muy cumplidos.

JAIMITO.—Otra. (*Leyendo.*) «Para Buenos Aires parte la semana próxima la familia de Corrales...» (*Pausa.*) Hola, hola... un noviazgo... y es letra de mujer... ¿Qué me cuentan?

SECRETARIO.—Bah... lo de todo los días. Tomá esta lista para Sociales. Esos han pasado por la Administración. (*Seña de pago.*)

JAIMITO.—Pero, ché: esto no puede seguir así. Fíjate: una cantidad de gatos que nadie sabe quienes son.

SECRETARIO.—Pero pagan.

JAIMITO.—Las de Pertiaga... Carioca... Pascualini... Yo le voy a hablar a Fabre. Esto no puede seguir así. ¡Es claro! A muchas familias distinguidas no les gusta salir al lado de cualquier farabute...

## ESCENA VII

DICHOS y ZABALA *por la izquierda, después* PORTERO

ZABALA.—Salud, señores. Con permiso de ustedes voy a dar un vistazo a los diarios.

JAIMITO.—Usted, señor Zabala, siempre aficionado a la lectura?

ZABALA.— Sí; en casa no se puede, los niños meten mucho ruido. ¿Está *La Lucha* por ahí?

SECRETARIO.— Sí, aquí está.

ZABALA.— ¿*Blanco y Negro* llegó?

SECRETARIO.— Sí, tómelo.

ZABALA.— ¿*La ilustración*?

SECRETARIO.— Sí, y *El Azote* también.

ZABALA.— Gracias: con estos ya tengo para un buen rato. Con permiso. (*Pasa a la sala de redacción y después de dar algunas vueltas se repantiga en un sillón poniendo los pies en una silla. Limpia prolijamente los lentes y comienza la lectura.*)

SECRETARIO.— ¿Qué me cuentan? ¡Diez años que hace la misma cosa! No viene nada más que a leer los diarios y a tomar té.

JAIMITO.— Y no falta un solo día.

SECRETARIO.— Ah... no. Este es pato de raza.

PORTERO.— (*Izquierda.*) Han traído esto del Jokey Club.

REPÓRTER 2.º— (*Tomando los papeles.*) Démelo.

SECRETARIO.— ¿Hoy no hay té?

PORTERO.— Sí señor... dentro de un rato. (*Mutis izquierda.*)

## ESCENA VIII

DICHOS y RENÉ, *por el foro, derecha*

RENÉ.— Buenas tardes, Zabala.

ZABALA.— Buenas. (*René se saca el sombrero y toca timbre.*)

JAIMITO.— ¿Quién es?

SECRETARIO.— René Masón, probablemente. (*Después de un instante va hasta la sala de redacción.*)

REPÓRTER 2.º— Ya decía yo que don Rosso no iba a poder... Es claro... si está enfermo.

JAIMITO.— ¿Quién?

REPÓRTER 2.º— Don Rosso.

JAIMITO.— ¡Don Rosso! ¿Otro como éstos? Lo que es en sociales no pienses ponerlo! No faltaba más!

REPÓRTER 2.º— Avisá, si es un caballo.

JAIMITO.— ¡Gracioso!

REPÓRTER 2.º— ¡Qué rico tipo! (*Risas con REPÓRTER 1.º*)

SECRETARIO.— Señora, aquí hay dos cartas para usted.

RENÉ.— Gracias. Hágame el favor de mandarme una prueba del artículo sobre la huelga.

SECRETARIO.— Muy bien ¡Ah!... ahí está ese...

González que estuvo preso. Quiere darle las gracias por la defensa. ¿Qué le digo?

RENÉ.— Voy en seguida. (*Vase el SECRETARIO.*)

SECRETARIO.— ¿Ustedes entregaron originales?

REPÓRTER 2.º — Tomá... después daré más.

SECRETARIO.— Apuren un poco. Miren que no recibo material nada más que hasta las cinco. (*Mutis foro izquierda.*)

RENÉ.— (*A GONZÁLEZ.*) ¿Cómo le va?

GONZÁLEZ.— Ya lo ve, señora: quería darle las gracias por su trabajo. Si no fuera por usted, todavía estaría entre rejas.

RENÉ.— ¿Y qué piensa hacer?

GONZÁLEZ.— Buscaré trabajo en cualquier parte.

RENÉ.— Sí. Todo antes de robar.

GONZÁLEZ.— Señora...

RENÉ.— Ya sé que usted es un hombre honrado y que si hizo eso... fué por el hambre. Pero hay que luchar y conservarse siempre honesto.

GONZÁLEZ.— Bueno: Si algún día puedo, le pagaré.

RENÉ.— A mí no me debe nada.

GONZÁLEZ.— ¿Y cuando tendré que declarar en ese asunto... del pleito?

RENÉ.— Yo le avisaré.

GONZÁLEZ.— Entonces, hasta otro momento.

RENÉ.— Y cuidado con las tentaciones.

GONZÁLEZ.— Señora... Buenas tardes. (*Mutis izquierda.*)

RENÉ.— Adiós. (*Entra a la sala de redacción,*

*se sienta frente al escritorio y lee las cartas.*)

## ESCENA IX

DICHOS y FABRÉ y SECRETARIO *por el foro izquierda*

FABRE.— Pero hoy va a salir un diario completamente fósil. No hay noticias... Puros artículos y artículos... Esto va mal, muy mal.

SECRETARIO.— Es que algunos muchachos no han vuelto todavía.

FABRE.— Hay que moverse, hay que moverse. (*Mutis del Secretario hacia los talleres.*) Jóvenes... ¿qué hacen ustedes en la Secretaría?

REPÓRTER 2.º — Vinimos por la correspondencia.

FABRE.— Bueno, cada uno en su repartición. (*Medio mutis.*)

JAIMITO.— Mire, señor Fabre. Yo desearía decirle que desde hace algún tiempo...

FABRE.— ¿Qué hay?

JAIMITO.— Me han dicho varias familias...

FABRE.— Hable. ¿Qué ocurre?

JAIMITO.— Que hay mucho entrevero en las notas sociales. Suelen salir nombres que nadie conoce. ¿No vé esta lista?

FABRE.—¿Y qué? Tiene el sello de la Administración.

JAIMITO.—Sí; pero a algunas personas distinguidas no les gusta... *(Pausa.)*

FABRE.—Mire, joven... distinguido. ¿Aquí se le paga bien su trabajo?

JAIMITO.—Si señor.

FABRE.—Perfectamente: estos contribuyen a abonar su sueldo y cuantos mas haya, mas irá ganando. Ahora si usted prefiere sacrificarse por la Sociedad, le descontaremos en la quincena el importe de reclames de esta clase, que usted resuelva no publicar. Piénselo... La sociedad se lo va a agradecer... joven distinguido. Ahí queda la lista. *(Mutis a la redacción.)*

*(JAIMITO queda confuso, mientras los REPÓRTERS contienen la risa teniendo en la mano la lista de Sociales.)*

FABRE.—*(A RENÉ.)* ¿Qué tal señora? ¿Cómo vamos? ¿Ya está mejor?

RENÉ.—Sí, estoy bien; muchas gracias.

FABRE.—Me alegro. A propósito: hoy hemos tenido reunión del Directorio. No estamos muy conformes con la marcha del diario ..

RENÉ.—Si usted me permite, concluiré de leer estas cartas y enseguida...

FABRE.—Sí, si... hay tiempo... *(Se pasea por la habitación.)*

REPÓRTER 2.º—*(A JAIMITO.)* ¿Y... sale?

JAIMITO.—Ultimamente: ¿a mí qué me importa?

REPÓRTER 2.º—Si, perdonales la vida: ¡pobre gente!

JAIMITO.—Ché, ché, ché; a mí no me vas a agarrar para la farra.

REPÓRTER 2.º—No seas misto.

JAIMITO.—Mirá, como repitas otra vez. *(Va hacia él.)*

REPÓRTER 2.º—Eh... no te pases.

## ESCENA X

DICHOS y SECRETARIO, *por el foro izquierda*

SECRETARIO.—*(Con varias pruebas en la mano.)*  
¿Qué hay? ¿Qué pasa?

JAIMITO.—Que estos caballeritos se están poniendo insoportables. Y de aquí en adelante, estoy dispuesto a repeler cualquier agresión...

REPÓRTER 2.º—Qué hacés... repelente.

JAIMITO.—Mirá... ya te he dicho que el día menos pensado... *(Avanza amenazándolo.)* *(Los demás se interponen.)*

FABRE.—A ver si se callan un poco. ¿Qué bochinche es ese? *(Rápido mutis por izquierda de REPÓRTER 1.º)*

ZABALA.— Si; hagan el favor... no se puede leer.

SECRETARIO.— ¿ Ven lo que pasa? (*Mutis redacción.*)

REPÓRTER 2.º— (*Leyendo.*) «2.ª carrera 1500 metros: Aeroplano, 48 kilos, Voluptuosa 50, Obrizo 48, Minstral 52, Amsterdam 60, As de Espadas 56...»

SECRETARIO.— (*A RENÉ.*) Aquí está la prueba.

RENÉ.— Gracias.

REPÓRTER 2.º— (*Mostrando la lista y conteniendo la risa. A JAIMITO.*) ¿ Y... sale o no sale?

JAIMITO.— Insolente. (*Mutis izquierda.*)

REPÓRTER 2.º— Andá... Narciso! (*Mutis Sala de Repórters.*)

## ESCENA XI

FABRE, RENÉ, ZABALA y SECRETARIO.

FABRE.— Han vuelto los repórters?

SECRETARIO.— Si, algunos. Ya se ha dado á las cajas: municipales, parlamento, policía, teatro, sociales. Voy a ver a los otros redactores por si han escrito algo de finanzas y política. Queda poco espacio.

FABRE.— ¿ Cuánto?

SECRETARIO.— Tres galeras.

FABRE.— Bueno, a falta de otra cosa hay que mo-

ver los títulos. Que interesen, que llamen la atención. (*El SECRETARIO hace mutis lateral derecha, sala de redactores.*) Ese suelto suyo contestando a *La Lucha* está un poco fuerte.

RENÉ.— Si... pero el de ellos era muy incidioso. Al fin y al cabo nosotros estamos con la razón y la justicia.

ZABALA.— ¿ De qué se trata?

RENÉ.— Del proyecto sobre monopolio del alcohol y el tabaco que ha presentado Romero a la cámara. Actualmente se elaboran verdaderos venenos que arruinan la salud pública. Y hay que librar al pueblo de ese peligro, aunque protesten los que actualmente se enriquecen fabricando inmundicias.

FABRE.— Hay que tener cuidado. (*Pasa el SECRETARIO con algunos papeles. Se los muestra a FABRE y sigue enseguida hacia el taller.*)

RENÉ.— No, hay que decirles como les hemos dicho, que únicamente por egoísmo o por *chantage* se puede combatir a un proyecto de esa naturaleza.

ZABALA.— ¿ Y usted escribió eso?

RENÉ.— Si, me indigna que haya gente que vincule a bastardas relaciones de interés, asuntos relacionados con la salud pública.

FABRE.— Pero... cuidado... cuidado.

RENÉ.— Usted comprenderá que no es posible callar ciertas cosas. Por mi parte no interveniría más en cuestión alguna — tanto en mi

estudio como en el diario — si no me sintiera capaz de ponerme del lado de la razón y de la justicia. Bastante lo pensé antes de ir al matrimonio y como tuve la franqueza de decírselo a Pablo, él ha sido el primero en convenir que si uno se debe a su casa, también se debe a la sociedad en que vive. (*Gesto de ZABALA*). Sí, me explico su perplejidad. Hasta hoy nosotras hemos sido cosas de lujo, objetos de Bazar. El eterno egoísmo!

ZABALA.— Eso no tiene que ver conmigo. Yo solo le exijo a mi mujer que vigile la cocina y que me remiende los calcetines... ¿Lo voy a hacer yo acaso? Fuera de eso, ella hace lo que le da la gana.

RENÉ.— Ah... si todos tuvieran su altruismo, estaba salvado el mundo.

ZABALA.— Yo no pido nada a nadie, y por lo tanto, no estoy obligado a dar.

RENÉ.— Y poco le importa del dolor ajeno!

ZABALA.— Qué tengan paciencia!... Claro... qué se le va a hacer?

RENÉ.— ¿Qué? Pues ponernos siempre del lado de la justicia. (*A FABRE.*) Ahí tiene usted esa huelga de infelices costureras. Las están explotando como a un rebaño. Para que unos cuantos se enriquezcan, millares de desgraciadas se pasan el día y la noche trabajando por jornales irrisorios. Pues ahora que ellas

protestan es que hay que ayudarlas. Por eso he escrito y seguiré escribiendo...

## ESCENA XII

DICHOS y diputado ROMERO por la izquierda

ROMERO.— (*Habrá entrado por la Secretaría y escuchado las últimas palabras.*) Muy bien, muy bien. La estaba escuchando con verdadero placer. ¿Algo sobre la huelga de costureras?

RENÉ.— Sí, un artículo que saldrá mañana.

ROMERO.— Ya leí el de hoy, estaba muy interesante, lo mismo que el suelto contestando a *La Lucha*. Ese está picante.

RENÉ.— Ellos lo han provocado.

ROMERO.— En ciertas cuestiones es mejor no andar con términos medios...

FABRE.— ¡Hum...! Está muy bueno... las ideas, la literatura, las polémicas y... todo eso. Pero, hay que defenderse.

RENÉ.— Me parece que de un tiempo a esta parte usted duda del éxito.

FABRE.— No; lo peor es que ya no dudo y por eso... me preparo.

RENÉ.— Exageraciones... (*Suena el timbre del te-*

*léfono.)* Hola... hola... con la redacción de *Vida Nueva*... Ah, eres tú? (A FABRE.) Es mi marido, un momento. (RENÉ continúa hablando por teléfono. Mientras, ROMERO se acerca a FABRE y dialogan en voz baja. Simultáneamente el SECRETARIO saldrá con nuevas pruebas de los talleres y se pondrá a corregirlas en la Secretaría.)

RENÉ.—¿Cómo te vá? Sí, muy bien. No, no te preocupes, ya estoy bien; te digo que estoy bien. Sí... sí... ¿Irma? Te digo que no te preocupes, ya no siento nada. ¿Vienes ensiguada? ¿Con Irma? Bueno, los espero... sí. Hasta ahora.

ROMERO.—Hay grandes novedades. El asunto parece que se complica.

FABRE.—¿Qué pasa?

ROMERO.—Esas insinuaciones de *La Lucha* sobre las acciones a emitirse para el monopolio y sobre nuestra intervención, van haciendo camino.

FABRE.—¿Es decir, que no hay nada que hacer?

ROMERO.—No tanto; ahora hablaremos.

FABRE.—¡Hum!... Me parece que ese asunto... Veremos, veremos.

ROMERO.—¿Qué hay, señora? ¿Alguna novedad?

RENÉ.—Nada; las cosas de Pablo: Que estoy en-

ferma. Para mejor, Irma lo ha asustado y ¡es claro!

ROMERO.—Hay que cuidarse, la salud es lo primero.

FABRE.—(Con intención.) Sí; no hay que molograr el porvenir.

RENÉ.—Lo peor del caso es que Pablo en su afán de cuidarme se olvida de sus cosas y... sus trabajos. No quiere que vaya a los juzgados, ni a la Universidad, ni al diario. Es un verdadero *complot* que tiene con Irma. (Sentándose con desaliento.) Y la verdad es que no me siento muy bien...

FABRE.—¿Qué le pasa?

ROMERO.—Señora...

RENÉ.—Nada; suelo sentir a veces, desvanecimientos... fatigas... Es una debilidad... ya pasó. (Se pasa la mano por la frente.)

ROMERO.—Ahí tiene usted como no les falta razón.

RENÉ.—Si no es nada.

FABRE.—Cuidado... el porvenir.

RENÉ.—¡Señor Fabre!... (Durante esta escena, habrá entrado un portero, entregando una carta al Secretario.)

## ESCENA XIII

DICHOS y *el SECRETARIO*

SECRETARIO.— Señora, han traído esto para usted. Esperan contestación.

RENÉ.— Ah... este es el pliego de condiciones presentado por las costureras. (*Pausa. A FABRE.*) ¿Ve usted?: una nota de felicitación por la propaganda. No podemos quejarnos. (*Al SECRETARIO dándole la nota.*) Dígales que esperen un momento: voy a contestarles. Esto puede darlo a las cajas. (*Mutis SECRETARIO por el foro izquierda.*)

ROMERO.— Podíamos pasar un momento ahí al lado y hablamos del asunto.

RENÉ.— Yo concluyo en seguida.

FABRE.— Bueno, vamos. (*Pasan a la Secretaría.*) Vamos a ver: ¿qué es lo que hay?

ROMERO.— Sencillamente: que el proyecto corre peligro. Hay gran oposición y además el Presidente no se decide a prestigiarlo.

FABRE.— ¿Y usted que piensa hacer?

ROMERO.— Por ahora... nada. Usted sabe que estamos en vísperas de elecciones y si me pongo de punta... quedo en la calle.

FABRE.— Ah... la reelección. Historia antigua.

ROMERO.— Pero podemos iniciar una gran campaña

en el diario. Yo escribiré unos cuantos artículos.

FABRE.— Firmados.

ROMERO.— Eso... Usted comprende... Pero el diario...

FABRE.— ¡Huum...! Me estoy dando cuenta de muchas cosas. A este paso me parece que...

ROMERO.— ¿Se niega?

FABRE.— No, escriba. Pero, tenga cuidado. (*Yendo hacia la redacción.*)

ROMERO.— Unos sueltos, no más.

FABRE.— Si, si. Después veremos. (*ROMERO se sienta a escribir.*)

RENÉ.— Vea, señor Fabre; es hermoso poder contestar esto: (*Lee.*) « Por mi parte no he hecho más que cumplir con mi deber. Manténganse fuertes, que el diario será siempre un aliado firme. Mañana saldrá otro artículo en defensa de ustedes. (*Entra el SECRETARIO.*) ¿Qué le parece?

FABRE.— Muy bonito... pero...

RENÉ.— ¿Qué?

FABRE.— Nada, después hablaremos.

RENÉ.— Tome, entrégueles esta nota y tráigame segunda prueba del artículo sobre la huelga.

SECRETARIO.— Está bien. (*Sale por la Secretaría.*)

## ESCENA XIV

DICHOS, IRMA y PABLO *por lateral izquierda*

PABLO.— ¿Está ahí René?

SECRETARIO.— Sí, pasen, pasen.

PABLO.— (A IRMA.) Ya sabe, es necesario asustarla un poco. Esto no puede seguir así.

IRMA.— Pierda cuidado. (*Entran a la sala de redacción.*)

RENÉ.— ¿Oh... ustedes?

PABLO.— Sí, nosotros. Hace rato estuve buscándote. Irma tiene que hablarte.

FABRE.— Con permiso de ustedes. (*Sale por Secretaría y entra a los talleres.*)

ROMERO.— Ustedes mi disculparán si continúo escribiendo.

PABLO.— Si ¿cómo nó?

RENÉ.— ¿Pero qué pasa?

IRMA.— Seriamente: renuncio a tu asistencia si has de seguir así. Es necesario que te cuides, René. Tu estado reclama cuidados especiales.

PABLO.— Tiene razón.

RENÉ.— ¿De manera qué se trata de un complot? Déjense de preocupaciones. Además Pablo: empiezas a faltar a lo convenido: la libertad absoluta...

PABLO.— ¿Qué quieres? Esto no puede seguir así.

Concluirás por enfermarte y yo... por aburrirme, por que las mas de las veces no te encuentro en casa...

RENÉ.— Apareció aquello: el Señor marido, reclama sus derechos.

IRMA.— Escucha: tu no puedes en tu estado. (*Le habla en voz baja.*)

## ESCENA XV

DICHOS y FABRE *por el foro izquierda*

FABRE.— (*Con un pliego en la mano.*) Esto es lo qué faltaba! Dónde vamos a parar!... Qué barbaridad! (*En la redacción, a RENÉ.*) Ahí tiene usted las propagandas a lo que conducen: nos van a arruinar. Esto es inaudito!

RENÉ.— Pero ¿qué pasa?

FABRE.— Lo que pasa es que todo se conjura contra nosotros. Ahí tiene usted las ideas, las bondades, el humanitarismo, a lo que conducen... Nos clavan las uñas. Mire usted el pliego que acaban de entregarme en el taller. O se les aumentan los jornales... o dejan el trabajo ahora mismo. Y firman todos, todos... linotipistas y tipógrafos... Qué barbaridad!

RENÉ.— Esto se podrá arreglar. Lo que sea justo.

FABRE.— Es claro. Todos los días componen y leen artículos donde se defiende a las huelgas y no quieren ser menos.

RENÉ.— Pero... ¿tienen razón?

FABRE.— ¿Qué han de tener? En ningún lado se les paga como aquí, pero no les basta nada... Ahí tiene usted: escriba, escriba. Hábleles de justicia ... y de todo eso...

RENÉ.— Señor Fabre. Es cuestión de ideas.

FABRE.— Y dale con las ideas... Las ideas... ¿Y los hechos? ¿Y las realidades? Es muy bonito eso de las ideas, sí señor; hay que ayudar a los demás, pero que no lo ahorquen a uno... Las ideas... las ideas...

RENÉ.— Está usted desconocido. Cálmese y después hablaremos.

FABRE.— Sí, calma... calma. Es muy fácil decir eso... Lo que esto no puede seguir así.

## ESCENA XVI

DICHOS y MENDOZA por la izquierda

MENDOZA.— (*Muy agitado, con un diario en la mano.*) ¿Está el señor Fabre?

SECRETARIO.— Sí, señor.

MENDOZA.— Tengo urgencia de hablar con él. Dígale que está uno de los redactores de *La Lucha*.

SECRETARIO. Muy bien. (*Vá a la redacción.*) Señor Fabre... lo buscan... con urgencia. (*Dicho esto, atendiendo una seña de Romero, se acerca a él, esperando los originales, después los toma y sale hacia los talleres, según se indicará.*)

FABRE.— Vuelvo enseguida. No se vaya, señora; vamos a hablar tranquilamente.

RENÉ.— Lo espero, sí. (*Mientras FABRE pasa a la habitación de al lado y habla con MENDOZA, IRMA y PABLO dialogan con RENÉ. Se dirán expresiones sueltas: no estás bien; debes cuidarte; no exageren; bueno, bueno... después veremos, etc. Después de salir el SECRETARIO, ROMERO se incorporará al grupo, acercándose a la puerta cuando el diálogo de al lado es en alta voz. Los cuatro entonces tratarán de escuchar con atención.*)

FABRE.— Que dice, amigo. ¿Que lo trae por aquí?

MENDOZA.— Señor Fabre: siento verme en la necesidad de venir a pedir explicaciones, dada la amistad que nos liga. He sido injuriado por su diario y esto no puede quedar así. (*Señala el suelto en el diario.*)

FABRE.— No comprendo; baje la voz.

MENDOZA.— No señor; estoy dispuesto á que se me oiga. Aquí se ha publicado un suelto sobre el

monopolio, en el que se hacen imputaciones calumniosas...

(*Mutis del SECRETARIO hacia los talleres, pasando por Secretaria.*)

FABRE.—No hay ofensa; se trata de una polémica.

MENDOZA.—De cualquier modo. (*Alzando la voz.*)

Usted me dará el nombre del autor. Estoy en mi derecho...

RENÉ.—¿Qué pasa?

ROMERO.—No sé; asuntos de Fabre.

PABLO.—Sí, no te preocupes de esas cosas.

RENÉ.—Parece que discuten.

FABRE.—¿Y qué piensa hacer?

MENDOZA.—No sé: acudiré a los tribunales, enviaré representantes. No se. Por ahora solo me interesa saber el nombre del autor...

RENÉ.—¿Qué dice?

PABLO.—Nada mujer.

FABRE.—Yo, la verdad... no puedo.

MENDOZA.—Entonces tendrá que ser usted el responsable!

FABRE.—Yo nó. Esas son cosas de la redacción...

MENDOZA.—¿Pero quién, entonces?

FABRE.—Mire amigo, si se tratara de un hombre, yo se lo diría...

MENDOZA.—Ah... la señora Masón! Doña Quijote!  
Doña Quijote!

FABRE.—No hable fuerte, que está ahí dentro.

RENÉ.—Pero que hay? ¿que pasa?

ROMERO.—Nada, nada.

MENDOZA.—Con que está ahí...! Pues voy a darle una lección...

FABRE.—Pero no, escuche, oiga.

MENDOZA.—No faltaba más... (*Va hacia la redacción. FABRE pretende detenerlo.*) No faltaba más. Dos palabras serán suficientes... Pierda cuidado que no pasará nada.

FABRE.—Pero venga, hombre; espere, yo le diré.

## ESCENA XVII

*En la sala de redacción. LOS MISMOS, MENDOZA y FABRE*

MENDOZA.—Señores, ustedes disculpen, pero no suponía encontrar... ¿La señora Masón?

RENÉ.—Soy yo... ¿Con quien tengo el honor...?

MENDOZA.—Soy un redactor de *La Lucha*. ¿Usted ha escrito este suelto?

RENÉ.—Sí.

MENDOZA.—Aquí hay una injuria.

RENÉ.—No es exacto, caballero. No he hecho nada más que contestar...

MENDOZA.—Perfectamente: renuncio a toda clase

de explicaciones. Pero como última palabra le daré un consejo.

RENÉ.—¿Cual?

MENDOZA.—Que cuando se usan polleras no se dicen ciertas cosas y mucho menos cuando no tiene quien responda por usted.

PABLO.—Usted es un insolente y ahora mismo le voy a hacer tragar esas palabras... (PABLO se arroja sobre MENDOZA. Los demás se interponen, produciéndose gran confusión. RENÉ se desmaya y cae sobre una silla. Acude a ella IRMA, quien saca de la cartera un frasco de sales. Después PABLO.)

FABRE.—Pero, señores...

ROMERO.—Que es eso...?

PABLO.—Canalla...

MENDOZA.—Yo no conozco a ese señor.

IRMA.—Pablo, Pablo...

PABLO.—(A MENDOZA.) Ya nos veremos en otro momento... Quedo á sus órdenes.

MENDOZA.—Perfectamente.

PABLO.—(A IRMA) ¿Que le pasa?

IRMA.—Nada, un simple desmayo... Ya va pasando. Deme esa pantalla... (PABLO se la alcanza.) Con tal que no haya consecuencias...

MENDOZA.—¿Que tiene?

FABRE.—Nada. (Le habla al oído.) Cosas naturales.

MENDOZA.—Puede retirarse, señor... Ya tendrá con quien entenderse.

MENDOZA.—Muy bien. (Pasa con FABRE a la Se-

*cretaría. ROMERO se acerca a PABLO e IRMA. Gestos y palabras mientras RENÉ vuelve poco a poco al sentido.)*

FABRE.—Caramba amigo...

MENDOZA.—Yo lamento... ¿Quién es ese señor?

FABRE.—El marido, hombre.

MENDOZA.—Pero como se llama?

FABRE.—El nombre es lo de menos. Es el marido de René Masón.

MENDOZA.—Ya comprenderá usted mi actitud... En el periodismo, hay que aprovechar todas las ocasiones.

FABRE.—Si... comprendido... Espero que no dé noticias del incidente.

MENDOZA.—Al contrario.

FABRE.—Usted comprenderá: la seriedad del diario. Mire que se lo tendré en cuenta.

MENDOZA.—Perfectamente... A la recíproca. Pero aquí no se ocuparán más del asunto.

FABRE.—Convenido, convenido.

MENDOZA.—Hasta otro momento, señor Fabre.

FABRE.—Adios amigo... y ya sabe. (Seña de silencio. Mutis de MENDOZA por la izquierda. FABRE, volviendo a la redacción: ) ¡Uf!... Lo que faltaba... Que día, que día...

## ESCENA XVIII

DICHOS y MARTÍNEZ *por la izquierda, después*  
SECRETARIO, *foro.*

FABRE.—Hola, Martínez... Espéreme un momento...  
Cinco minutos. (*Mutis a la redacción. MARTÍNEZ, con un libro bajo el brazo, permanece de pie, en la Secretaria. Poco después entra el SECRETARIO, lo invita a sentarse, mientras saca recortes de algunos periódicos.*)

RENÉ.—Pablo, Pablo. ¿Ya se fué?

PABLO.—Sí, querida, no pienses más en eso.

RENÉ.—Oh... que disgusto. (*Parándose.*) Vamos.

FABRE.—Que tal señora parece que ya ha pasado?  
¿Se retira?...

IRMA.—No, no es posible. Es necesario que descanses un rato... Aquí hay mucho calor. Vamos al patio un momento y después... a casa.

ZABALA.—No le hará bien tomar algo? Café con leche, por ejemplo.

IRMA.—No, más bien un poquito de cognac.

FABRE.—(*Toca un timbre.*) Perfectamente: pasen al *hall*; yo les haré llevar.

ZABALA.—Sí, eso hace bien, vamos, pues. (*Pasa al hall.*)

FABRE.—Pase señora, no ha sido nada más que un susto.

RENÉ.—Sí, ya estoy bien.

PORTERO.—(*Por el foro derecha.*) ¿Llamaban?

FABRE.—Sírvales el té a estos señores en el *hall*.  
Lléveles cognac también.

PORTERO.—Muy bien. (*Mutis.*)

PABLO.—Vamos, René.

RENÉ.—(*Encaminándose al foro.*) Señor Fabre: hágame el favor de decirle al secretario que me traiga segunda prueba del artículo sobre la huelga, para corregirlo antes de irme...

ROMERO.—Y del mío sobre el monopolio.

FABRE.—Sí, ahora le diré. (*Mutis de todos, menos FABRE, hacia el hall.*)... Artículos, artículos... polémicas... ya veremos... (*Desde la puerta del tabique.*) Pase Martínez, pase... (*Al SECRETARIO después de dudar un instante.*) Traiga segundas pruebas de esos artículos.  
SECRETARIO.—Voy enseguida. (*Mutis talleres. MARTÍNEZ y FABRE pasan a la sala de redacción.*)

## ESCENA XXX

FABRE y MARTÍNEZ

FABRE.—¿Qué tal? ¿Cómo van esos avisos?

MARTÍNEZ.—La verdad es que... las cosas...

FABRE.—Hable no mas... ¿Tiene ahí el libro de corretajes?

MARTÍNEZ.—Sí, aquí está.

FABRE.—¿Muchas novedades?

MARTÍNEZ.—Sí... y de bulto.

FABRE.—¿Estuvo por las fábricas?

MARTÍNEZ.—Estuve... Por ahí las cosas andan muy mal: Hay una gran atmósfera contra el diario.

FABRE.—¿Cómo es eso?

MARTÍNEZ.—Ahí tiene usted. Las compañías «Nacional» y «Equitativa» retiran el aviso y la suscripción.

FABRE.—¿Por qué?

MARTÍNEZ.—Por la propaganda sobre el monopolio del alcohol y el tabaco. Dicen que los arruina... La «Liga de introductores» también y las fábricas de Retali, Pescari y Formosa...

FABRE.—¿Por la misma causa?

MARTÍNEZ.—Sí.

FABRE.—Pero ¡qué barbaridad!... 24... 53... 86. Es un dineral! Y usted que les dijo?

MARTÍNEZ.—Traté de convencerlos y por último les dije que hablaría con usted...

FABRE.—Bueno, bueno. ¿Y los Registros?

MARTÍNEZ.—Por ahí peor... Branca y Cia., Stoli hermanos, Romero, López y Gutiérrez, Brandt, Taf y Ranof, Salaverri hermanos, Mori, Causi y Compañía...

FABRE.—¿Qué? ¿Qué pasa?

MARTÍNEZ.—Retiran los avisos y la suscripción.

FABRE.—Pero usted no les explicó nada. Es una barbaridad...! Donde vamos a parar! Hay que convencerlos, hay que explicarles...

MARTÍNEZ.—Ellos dicen que la propaganda sobre la huelga de costureras es muy fuerte, que el diario no es imparcial y que más les conviene avisar en *El Telégrafo*. Aquí está la cuenta detallada... Suma: 853 por un lado... y 338...

FABRE.—Que barbaridad! Que barbaridad! Esto es la bancarrota... Donde vamos a parar...

MARTÍNEZ.—Si a usted le parece... (*Murmullo de voces en el «hall».*)

FABRE.—No, espere un momento. Ahí vienen y no quiero que de esto se entere nadie... nadie ¿comprende? Vuelva mañana a las tres y... silencio absoluto.

MARTÍNEZ.—Está bien. (*Mutis izquierda.*)

FABRE.—(*Paseándose agitado.*) ¡Que barbaridad, que barbaridad... Bueno... se acabó. (*Toca el timbre.*) Esto no puede seguir así... (*Se escuchan voces de diálogo en el «hall».*)

## ESCENA XX

FABRE, ROMERO, RENÉ y ZABALA, *por el foro; después*  
SECRETARIO *por foro izquierda.*

ROMERO.— Enseguida vamos.

RENÉ.— Es un momento. Corrijo la prueba y vuelvo... Espérenme ahí.

PABLO.— (*Voz interior.*) Si, pero no demores. Mira que ya es tarde. Tienes cinco minutos de plazo.

SECRETARIO.— Aquí están las pruebas. Esta es suya. (*La entrega a RENÉ.*) Y esta para usted. (*A ROMERO.*)

FABRE.— Eso es... eso es... artículos... artículos.

RENÉ.— Pero, señor Fabre, está usted muy agitado. (*RENÉ y ROMERO se sientan a corregir las pruebas.*)

FABRE.— También, no es para menos.

RENÉ.— ¿Qué hay?

FABRE.— Lo que es este día no se me olvidará nunca. Parece que todo se ha conjurado para aplastarnos... Pero... no hay peligro. Todavía estoy a tiempo... ya veremos, ya veremos...

SECRETARIO.— (*A RENÉ.*) El folletín termina hoy... Que ponemos mañana?

RENÉ.— Ah... «L'oiseau bleu»... espere: (*Busca en el cajón.*) Aquí está la traducción.

FABRE.— Señora, usted disculpe... Pero se han recibido muchos pedidos por esa novela. ¿Cómo se llama?

SECRETARIO.— «El crimen de la calle Pigale.»

FABRE.— Esa, esa misma.

RENÉ.— Pero, señor Fabre: en nuestro diario, en *Vida Nueva!*

FABRE.— Si, señora, lo piden y hay que complacer al lector.

RENÉ.— Pero ¿quién debe dirigir los diarios?

FABRE.— Por ahora, el público. Después... veremos. (*Al SECRETARIO.*) Vaya no mas. (*Mutis del SECRETARIO.*)

RENÉ.— No estoy de acuerdo. Yo he venido aquí convencida de que la prensa es la mejor tribuna para predicar el bien, la mas alta tribuna del pensamiento...

FABRE.— Sí, señora; eso era antes. Hoy las tribunas lo primero que necesitan son cimientos fuertes, sólidos, incommovibles... Y es lo que tenemos que buscar... si no queremos perderlo todo.

RENÉ.— Ah... es cuestión de intereses.

FABRE.— Es claro. ¿Quieren que me quede con los brazos cruzados frente al peligro? Naturalmente, para ustedes que escriben, que los aplauden, que los elogian... todo está bien. ¿Y yo, que no soy nadie, que no escribo

nada? ¿Y los accionistas que han puesto su dinero? ¿Y las máquinas y el capital? Todo eso no vale nada? Que se funda, que se lo lleve el diablo!

RENÉ.—Pero señor, hay muchos diarios que tienen una honesta tradición y la mantienen, sin necesidad de industrialismos exagerados...

FABRE.—Muchos, no... algunos. Y en todo caso, mejor para ellos. Cuando podamos haremos lo mismo. Mientras tanto...

ROMERO.—¿Y los principios?

FABRE.—¿Y el final? Es muy curioso... Usted con su maldito proyecto nos ha metido en un lío. ¿Por qué no da el frente? ¿Por qué no hace una campaña en la Cámara?

ROMERO.—Ya le explicado. Hay exigencias.

FABRE.—Sí, la reelección. Ustedes los políticos, siempre tienen salida para todo. La cuestión es seguir saliendo...

RENÉ.—Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que se propone?

FABRE.—Me propongo ser como todos. Lo primero es defenderse y salir a flote. Después... veremos. Por lo pronto esos artículos... traen demasiado complicaciones... Noticia, noticia, eso es lo que necesitamos...

RENÉ.—Yo he comprometido mi palabra de publicarlo... Mañana hablaremos.

ROMERO.—Sí, mañana habrá tiempo. *(Suena fuerte-*

*mente y durante un rato, el timbre del teléfono en Secretaría.)*

FABRE;—Noticia, noticia... *voilà tout.*

ZABALA.—Pero, ese maldito teléfono no nos deja en paz. Es imposible leer.

FABRE.—Ah... perdone señor. ¡Este también! *(Segue sonando el timbre. Mientras, FABRE va a la Secretaría y después hasta el taller llamando al SECRETARIO, RENÉ y ROMERO seguirán corrigiendo las pruebas y pronunciando frases a medias.)*

A ver, que llaman aquí.

RENÉ.—*(Leyendo.)* La justicia social... los intereses egoístas... Es necesario ir adelante.. Salvar los obstáculos... No hay que transigir con el prejuicio.

FABRE.—Aquí están llamando hace rato.

SECRETARIO.—Voy a ver enseguida. *(Se dirige al aparato. Mientras tanto FABRE vuelve a la sala de redacción y habla en voz baja, mientras ROMERO repite algunas palabras de la prueba y el SECRETARIO contesta á la comunicación.)*

ROMERO.—La salud pública es lo primero... están envenenando a la población... nada de contemplaciones con los que defienden su negocio contra la salud del pueblo...

FABRE.—Muchas ideas, muchas filosofías. Y daremos un diario fósil, sin noticias, sin atracciones... nada... nada...

SECRETARIO.—Hola, hola. Sí, oigo... Con la redacción de *Vida Nueva*, redacción de *Vida Nueva*. ¿Con quien? Sí, oigo. (*Alzando la voz*) ¿Qué? Hable más fuerte. ¿Como dice? Oh... que desgracia! ¡que desgracia! (*Los demás prestarán atención.*) Cierto? ¿cierto? sí... sí... sí... oigo, sí... ¿Que hable el señor Fabre? Bueno, enseguida... (*Cuelga el tubo y se dirige a la redacción expresando gran impresión.*) Señor Fabre... Señor Fabre...

FABRE.—¿Que hay?

SECRETARIO.—Es horrible... una desgracia.

FABRE.—Pero que pasa?

SECRETARIO.—Avisa Morán que cerca del puerto ha naufragado un vapor con pasajeros.

RENÉ. }  
ROMERO. } Qué desgracia!

FABRE.—Sí, sí, una desgracia, pero... llame á los reporters inmediatamente. Vamos, ligero, muévase.

SECRETARIO.—Dice Morán que si usted habla por teléfono á la Capitanía le darán noticias ciertas.

FABRE.—Bueno, inmediatamente: esos repórters... Y máquinas fotográficas... Pronto, pues. Fíjese cuanto espacio queda para primera página... (*Mutis del SECRETARIO hacia la sala de reporters. FABRE acudirá nerviosamente al teléfono.*)

## ESCENA XI

DICHOS y PABLO é IRMA por foro derecha, después SECRETARIO, REPÓRTERS, izquierda. Mientras FABRE habla apresuradamente los otros formarán grupo en la pieza inmediata, dialogando ó simulando diálogo. Estas últimas escenas muy movidas.

FABRE.—(*Después de llamar sin que contesten.*)

Malditos teléfonos. No sirven para nada...

Hola..., hola... hola...

PABLO.—¿Qué hay?

IRMA.—¿Qué ocurre?

ROMERO.—Un naufragio... Todavía no se sabe si hay muchas víctimas...

PABLO. }  
IRMA. } Qué desgracia!

(*Todos se agrupan y dialogan frente a la puerta del tabique; ZABALA hace gestos de protesta y deja los diarios.*)

FABRE.—Hola. . hola... Ah... señorita. Con la comandancia del Puerto... Inmediatamente... Que número, ni número... Tengo mucha urgencia (*El SECRETARIO y tres repórters se acercan agrupándose al lado de FABRE. Uno*

*de ellos con una máquina fotográfica.)* Mire que habla con Fabre... Sí, pronto, pues... Hola, hola..., ¿cómo está señor...? Habla con Fabre. Acaban de decirme... Sí, es una desgracia ¡qué vamos a hacer! A ver si puede trasmitirme por teléfono la lista de pasajeros. Sí, haga el favor. ¿Muchos abogados? ¿Sí? Averigüe los nombres y me avisa... Yo estaré en el aparato esperando. *(Mantiene el tubo con la mano, apoyándolo en el teléfono y mira la hora en el reloj.)* *(A los REPÓRTERS, bruscamente.)* ¿Qué hacen ustedes, ahí?

REPÓRTERS.— Estamos esperando.

FABRE.— Inmediatamente, al puerto. Suban en mi automóvil... Tienen media hora, eh? Vamos, pronto. ¿Ustedes creen que esto pasa todos los días?

REPÓRTERS. { Sí, vamos. *(Mutis lateral izquierda.)*  
{ Enseguida.

## ESCENA XXII

DICHOS, menos los REPÓRTERS

PABLO.— Vamos, René, ya es muy tarde. Estas impresiones no te convienen. Después sabremos.

IRMA.— Sí, vamos. *(Pasa la Secretaria con ROMERO)*

RENÉ.— Bueno. *(Al SECRETARIO.)* Aquí está la prueba corregida.

ROMERO.— Tome esta otra.

FABRE.— ¿Cuánto espacio queda?

SECRETARIO.— Muy poco.

FABRE.— Bueno, ... Traiga, Hay que retirar este material... *(Toma rápidamente las pruebas y las rompe.)*

RENÉ.— ¿Señor Fabre? ¿Qué hace usted?

ROMERO.— Pero amigo, habíamos convenido...

FABRE.— Siento mucho, siento mucho, pero...

RENÉ.— Yo he dado mi palabra. Bien pueden retirar otro material.

FABRE.— ¿Noticias?

RENÉ.— Lo que sea. Si no sale mañana ese artículo, será la última vez que piso el diario. Ya lo sabe.

ROMERO.— Por mi parte...

FABRE.— Es que, ustedes comprenderán... Yo lo pensaré, lo pensaré. *(Suena el timbre del teléfono.)* Hola... con Fabre... Si oigo.

PABLO.— Vamos René

IRMA.— Si, es demasiado.

RENÉ.— Ya sabe, es mi última palabra.

FABRE.— Es que... Vd. comprende... Hola... hola. Sí... sí... *(Sacudiendo el brazo del SECRETARIO.)* A ver, ¿qué hace? escriba, pues, escriba... Cinco de primera clase... si oigo... cinco de primera clase...

ZAVALA.— Menos mal. (*Se dirige pausadamente a la sala de redacción, limpia los lentes y reanuda tranquilamente la lectura.*)

RENÉ.— (*A los demás que están cerca del foro.*)

Vamos. Esto no se ha hecho para mí.

FABRE.— ¿Se van?

RENÉ.— Si... para siempre.

FABRE.— Siento mucho. pero... Hola, hola... oigo, si: diez de segunda y veintidos de tercera... (*Gritándole al SECRETARIO. Los demás demuestran gran estupor y se van alejando lentamente mientras cae el telón.*) Escriba, escriba... ¿los nombres? oigo si... escriba, pnes... Juan Ruso, Vicente Perez, Benito Lafuente, Julia Moris, María Peña, José Morán, Isabel Lopez, Pedro Núñez...

TELÓN

## ACTO TERCERO

*Decoración: patio de una casa habitación. Juego de muebles claros: perchero etc. En segundo término, derecha, puerta ochavada que conduce al estudio de la doctora MASÓN. A la izquierda puerta en igual forma, al través de la cual se divisa un dormitorio. En dicha pieza, una cama de matrimonio, una camita, mesa de luz, ropero, etc. Al foro y en medio del estudio y dormitorio, puerta cancel que conduce hacia la calle. A la izquierda en primer término un corredor que vá hacia las habitaciones interiores. Una máquina de coser. Es de tarde.*

### ESCENA I

*(Al alzarse el telón, aparece la escena sola. Se oirá el llanto de un niño en el dormitorio. Después de una pausa larga, aparece RENÉ por la puerta del estudio, dirigiéndose hacia el corredor, muy agitada y con un legajo de papeles en la mano.)*

RENÉ.— Carmen... Carmen... *(Pausa.)* Carmen...  
¿qué está haciendo?... Venga pronto.

VOZ INTERIOR.— Voy enseguida .. Voy.

## ESCENA II

RENÉ y PEDRO *por el foro.*

PEDRO.— Buenas tardes, señora.

RENÉ.— ¿Qué le parece, su mujer? Hace rato que la estoy llamando y no viene... ¿Qué le pasa?

PEDRO.— Yo no sé, vengo de la calle. Tuve que salir a abonar algunas cuentas del mes pasado... Aquí están los recibos... es una barbaridad como esta todo de caro...

RENÉ.— Pero... Carmen... ¿que hace?

VOZ INTERIOR.— Voy, voy enseguida.

PEDRO.— En el mercado todo ha subido .. El panadero y el lechero, igual... Ya no me alcanza el presupuesto que ustedes me dan... Aquí están los recibos...

RENÉ.— Bueno, yo tengo que hacer. Entiéndase con el señor.

PEDRO.— Está bien.

## ESCENA III

DICHOS y CARMEN *por el corredor*

RENÉ.— Parece mentira, Carmen... Hace un rato que está el nene llorando... y tengo que

abandonar la gente que está en el estudio para venir á avisarle.

CARMEN.— No había sentido.

RENÉ.— Bueno, dele de mamar, a ver si se calla...

CARMEN.— Sí, sí... enseguida. (*Va hasta el dormitorio.*)

RENÉ.— Y desde mañana hay que mudar el dormitorio para las habitaciones interiores.

CARMEN.— Como la doctora dijo que esta es la pieza más conveniente por el aire y la luz...

RENÉ.— Sí, pero a la gente que viene a mi despacho le molesta tanta gritería... (*Va hacia el estudio.*) Bueno, después veremos... (*Mutis.*)

## ESCENA IV

CARMEN y PEDRO

CARMEN.— (*Habrá sacado el niño de la cuna, sentándose frente a la puerta del dormitorio, donde le da el pecho.*) ¡Eh... eh... basta de gritos... toma, tragón, toma.

PEDRO.— Lo que hay es que el pobre muchacho esta aburrido. Mientras no le enseñen á sacar solitarios...

CARMEN.— Tiene más hambre que sueño. Como traga...!

PEDRO.—Ché, ché, che... no le des mucho. Guarda para el otro. Ya sabes que no quiero muchachos flacos.

CARMEN.—Lo que es el nuestro está bien gordito.

PEDRO.—Mejor... Lo mandamos al concurso de la gota de leche y nos sacaremos el premio... Sabés lo que podías hacer? Darle á este la harina de avena.

CARMEN.—Tienes razón... Pero te ha dado por traer todo medido... ¡Estás muy económico!... Como si fuera tuyo...

PEDRO.—Inteliz... te crés que me chupo el dedo... Sabés cuanto sobró el mes pasado? Treinta y dos pesos... Ya vas a ver, poco á poco...

CARMEN.—Y... compraste el encargo?

PEDRO.—¿Cual?

CARMEN.—No sabes que hoy es navidad y hay que regalarle algo al chico? (*Entra con el niño al dormitorio y lo pone en la cuna.*)

PEDRO.—Ah... es verdad... Ahora iré al almacén Hay tiempo para todo...

## ESCENA V

DICHOS y PABLO *por el foro*

PABLO.—(*Con aire preocupado y triste.*) ¿Y la señora?

PEDRO.—Ahí está en el escritorio, con la clientela...

PABLO.—Ah...! (*Va hacia el estudio, mira con aire de disgusto por la puerta, hace un gesto de desagrado y se sienta con expresión de desaliento.*)

PEDRO.—(*Después de una pausa.*) Mire señor: aquí tengo los recibos de las cuentas del mes pasado.

PABLO.—(*Indiferente.*) Ah .. sí.

PEDRO.—Carbonero... 24... con 15... panadero... 28 con 36... verduras y frutas... lechero... Está todo carísimo, por las nubes... Aquí están los recibos...

PABLO.—(*Tomándolos.*) Sí, déjelos... después los veré.

PEDRO.—Ya no alcanza el presupuesto... Todo está carísimo.

CARMEN.—(*Que habrá salido del dormitorio.*) Basta Pedro, no molestes...

PEDRO.—Sabe... yo pido rebajas... pero.

PABLO.—Sí, está bien, está bien... (*CARMEN y PEDRO hacen mutis por el corredor haciendo gestos. PABLO queda abstraído con los recibos en la mano.*)

## ESCENA VI

PABLO *después* DON GONZALO y DOÑA PEPA *por el foro.*

DON GONZALO.—(*Trae un paquete de juguetes debajo del brazo y hace señas de silencio a su mujer.*) Despacio, mujer, despacito...

DOÑA PEPA.—Mira... ahí está Pablo. (*Se acercan a él.*)

DON GONZALO.— Buenas tardes, Pablo...

PABLO.— Oh... ustedes... Ni se figuran lo que es esto...

DOÑA PEPA.— Algún plano?

PABLO.— Las cuentas del mes... panadero... lechero...

DON GONZALO.— Eso está bueno. La casa en orden... es lo primero...

PABLO.— La casa en orden...!

DOÑA PEPA.— Y René?

PABLO.— Ahí en el estudio...

DOÑA PEPA.— Siempre con sus preocupaciones...

PABLO.— Ya no hay remedio... Es la cadena... como ella dice. Un asunto trae otro y otro... Antes el diario; ahora los expedientes, las clases, los escritos... uff...!

DON GONZALO.— En cambio tú, estás abandonando

todo... Ya no trabajas como antes... No tienes entusiasmo...

PABLO.— (*Con gesto de displicencia.*) Bah... ¿Para qué? ¿para qué?

## ESCENA VII

DICHOS y RENÉ *por la puerta del estudio.*

RENÉ.— Adiós... ¿como están?

DON GONZALO.— Muy bien.

DOÑA PEPA.— Recuerdos te manda Consuelo. No ha podido venir.

RENÉ.— Un momento y vuelvo. Pablo, ¿quieres venir?

PABLO.— Qué hay?

RENÉ.— Una firma. Es cuestión de un momento.

PABLO.— Sí, voy... (*Hacen mutis por el estudio.*)

## ESCENA VIII

DON GONZALO y DOÑA PEPA

DOÑA PEPA.— Firmas... escritos... ¡Qué cosas, Dios mío!

DON GONZALO.— ¿Siempre con lo mismo? Cuando a uno no le gusta una cosa, la dice una vez

y basta.

DOÑA PEPA.— Bueno, bueno... Es lo que te faltaba, ponerte rezongón... a la vejez... Trae para acá eso... (*Desenvuelve los juguetes.*)

DON GONZALO.— No, eso si que no... Yo los voy a poner.

DOÑA PEPA.— Yo... para eso soy la abuela.

DON GONZALO.— Abuela... abuela... Si hubieras empezado por tener hijos... puede ser.

DOÑA PEPA.— No ha sido culpa mía.

DON GONZALO.— Ah... no: del obispo.

DOÑA PEPA.— Cállate lengua larga: por eso es que Dios te ha castigado.

DON GONZALO.— Bueno, no te enojés... Vení... viejita, vení... Vamos a ponerle los juguetes... (*Van hacia el dormitorio.*)

DOÑA PEPA.— Despacio, despacio... No vayas a despertarlo... (*Van en puntas de piés hasta el dormitorio haciendo gestos y se ponen al lado de la cuna.*)

## ESCENA IX

DICHOS y DOÑA FILOMENA

DOÑA FILOMENA.— (*Habrá entrado por el foro y después de acercarse al dormitorio y ver la*

*actitud de DON GONZALO y DOÑA PEPA:*) Muy bien, muy bien; así me gusta.

DON GONZALO.— Chisst... despacio... (*Salen al patio.*)

DOÑA PEPA.— Tú por aquí? Qué milagro!

DOÑA FILOMENA.— Sí, pasaba, pasaba... y me decidí a hacerle una visita a René. Al fin y al cabo, la amistad está por encima de todo, verdad?

DON GONZALO.— No comprendo.

DOÑA FILOMENA.— Sí, se habla tanto! Bueno, la gente es muy mala! Figúrense ustedes que los otros días conté en un grupo de amigas que había estado a visitarla y no faltó quien dijera, refiriéndose a René: Ah... ¿Doña Quijote?... Doña Quijote!... Pues la fracesita va haciendo camino... Bueno, les diré que ella ha hecho verdaderas locuras... eso de andar sola por todos lados!

DON GONZALO.— Basta, basta; déjenla en paz.

DOÑA FILOMENA.— Por mí... ya conoce usted mi carácter... Soy enemiga de entrometerme en las cosas de los otros! Lo siento por ustedes.

DON GONZALO.— Gracias. No se preocupe.

DOÑA FILOMENA.— Dónde está René?

DOÑA PEPA.— Ahí en el escritorio firmando.

DOÑA FILOMENA.— No ve usted... ¿Para qué tantas firmas? Yo en toda mi vida, no he firmado nada más que dos veces: cuando me casé y

cuando mandamos a la Cámara la petición contra el divorcio...

### ESCENA X

DICHOS y PABLO y FABRE *por el Estudio.*

FABRE.— De manera que no hay nada que hacer?...

PABLO.— Ya se lo ha dicho bien claro.

FABRE.— Si; pero usted podía insistir...

PABLO.— Por mi parte ni una palabra.

FABRE.— Ayúdenme ustedes a convencerlos.

DON GONZALO.— Qué hay?

FABRE.— Que es necesario que la señora vuelva al diario. Lo pasado, pasado. Ahora somos una potencia. Ahora podemos decir todo lo que se nos de la gana. Y en todas estas cuestiones del sufragio femenino, de la emancipación, ella podía escribir. Todo eso interesa al público.

DON GONZALO.— ¿Y René que dice?

FABRE.— No quiso escucharme; fué hasta un Juzgado.

DOÑA FILOMENA.— ¿Y usted Pablo?

PABLO.— Por mi parte, me alegraré que no vaya.

DOÑA FILOMENA.— Sí, menos compromiso. Ya ve usted el escándalo aquel.

PABLO.— Que me costó un sablazo.

FABRE.— Porque usted quiso.

PABLO.— Es claro! Iba a permitir que en mi propia cara se dijeran insolencias?

DOÑA FILOMENA.— Miren que metió ruido el asunto ese. ¿Ya está completamente sano del brazo?

PABLO.— Si; estoy bien.

FABRE.— Bueno, las cosas han cambiado. Entonces había que vivir... que ir adelante. Hoy tenemos uno de los primeros diarios de América y podemos hacer lo que nos de la gana. Que escriba y que firme. Eso es lo mejor. Usted aconséjela, que todos saldremos ganando... Dígale que lo pasado, pasado. No hubo más remedio. ¡Qué íbamos a hacer!

PABLO.— Por mi parte, no quiero saber nada.

FABRE.— En fin... yo le hablaré otra vez. Hasta luego, señores... (*Sale por el foro y se encuentra con Irma.*) ¿Cómo está doctora? Hasta otro momento.

### ESCENA XI

DICHOS e IRMA *por el foro*

IRMA.— ¡Qué agradable reunión!

PABLO.— Ya vé usted, de tertulia en el patio.

IRMA.—¿Y René?

PABLO.—Fué hasta el Juzgado, o el Tribunal... no sé.

DON GONZALO.—Dígame doctora: como va el nene?

IRMA.—Bien. Un poco débil todavía. Como René no puede alimentarlo...

DOÑA FILOMENA.—¿Por qué? ¿Usted le ha prohibido?

IRMA.—Sí. Ella tiene demasiado agitaciones. Cuando el cerebro y los nervios están en función son muy exigentes.

DOÑA FILOMENA.—¡Es claro! Las amas nunca resultan como una misma...

IRMA.—Tiene usted razón. ¿Cómo sigue su marido...?

DOÑA FILOMENA.—Mal, mal... Pobre Bermúdez, está muy delicado... Ahí tiene, usted me ha hecho acordar: me voy a ponerle unas cataplasmas...! Hasta luego eh? Y disculpe doctora, que le haga la competencia.

IRMA.—Hasta luego, señora.

DOÑA PEPA.—Adios, hija... (*La acompaña hasta el foro. Mutis de FILOMENA.*)

IRMA.—Que tal Pablo? Me parece que está usted abatido...

PABLO.—No, no...

IRMA.—Mire que es difícil engañar a los médicos... aunque seamos mujeres.

DOÑA PEPA.—Recétele alguna cosa. Este muchacho no está bien.

PABLO.—No hay remedio que valga. ¿Verdad Irma?

IRMA.—Vamos, amigo mío. ¿Será necesario que una mujer le dé ejemplos de fortaleza...?

## ESCENA XII

### DICHOS y RENÉ

RENÉ.—(*Sale del estudio muy agitada.*) ¡Ah... qué día, qué día! ¡Qué indignidad! ¡Qué ausencia de pudor!

DON GONZALO.—¿Qué hay?

IRMA.—¿Qué te pasa?

RENÉ.—¡Oh!... no puedes suponerte, Irma. Son peores las anemias, las llagas y las lepras que a diario tengo que palpar, que las mismas que tú curas en los hospitales...

IRMA.—¿Qué ocurre? Ya sabes que todo lo tuyo me interesa especialmente.

RENÉ.—Si... pero no al extremo de considerarme un caso digno de estudio. Parece que te ha contagiado Pablo con su manía de protegerme.

IRMA.—Vamos... no te alteres. Hay que tener paciencia.

RENÉ.—Paciencia, paciencia. Bonita letanía.

PABLO.—Pero, vamos a ver ¿qué ocurre?

IRMA.—Sí, cuéntenos y... no te agites.

RENÉ.—Hay días que parecen predestinados. ¿Te acuerdas de aquella mujer enlutada que siempre venía a verme y a llorar desgracias?

IRMA.—Sí; Juana Rojas.

RENÉ.—Ya les conté lo que ocurría. Toda una historia de horrores. El marido, un borracho, jugador, calavera... Y cobarde, sí, cobarde... La infeliz tenía en el cuerpo las señales de los golpes, pues el muy canalla se desquitaba de sus disgustos, pegándole sin compasión... A pedido de ella inicié en el Juzgado la acción de divorcio. ¡Qué tarea! Meses y meses buscando pruebas. Pues bien; ya estaba la causa ganada y yo esperaba la única satisfacción de un triunfo judicial, cuando el abogado contrario solicitó una entrevista entre los dos... Acaba de realizarse.

DON GONZALO.—¡Qué vergüenza!

DOÑA PEPA.—¡Pobre mujer!

IRMA.—¿Y?...

RENÉ.—Nada... Asómbrese ustedes. Cuatro palabras de arrepentimiento, una promesa de enmienda, lágrimas, abrazos y... salieron

juntos para su casa, para su hogar... Ahora díganme ustedes si merezco el ridículo corrido, apareciendo como una intrigante vulgar, por haber dedicado mis más nobles afanes a la defensa de una estúpida, que venía a llorar diariamente y a mostrarme las señales que le dejaba en el cuerpo... el inocente marido. Explíquenme ustedes esta perversidad.

DON GONZALO.—La vida es así. Pasan cosas...!

IRMA.—El caso no es nuevo, y hasta andan por ahí varias teorías...

RENÉ.—Me causa gracia tu impasibilidad. Venirte con teorías, cuando está por delante el hecho brutal, bajo, repugnante... Valiente amor!

IRMA.—Que quieres... ocurre a diario: infelices, vencidos, verdaderos andrajos humanos, para quienes no ha habido nunca una sonrisa de simpatía, ni siquiera una mirada compasiva y que aún confían en una vida mejor... Lo mismo ocurrirá con esa infeliz... Esperará siempre, toda la vida, consolándose con una sonrisa de esperanza, mientras llora el dolor que pasa... Es así...

RENÉ.—No, no entiendo ese amor. Lo que hay es depravación, inconsciencia...

DOÑA PEPA.—Bueno, hija, no te apures por eso.

DON GONZALO.—Sí, hay que olvidar esas cosas...

RENÉ.—Olvidar, olvidar. .

## ESCENA XIII

DICHOS y PEDRO y GONZALEZ *por el foro.*

PEDRO.— Entrá, entrá. No tengas vergüenza. (A RENÉ.) Señora aquí está González, que desea disculparse...

RENÉ.— Usted... ¿Y todavía tiene cara para presentarse en mi casa... ¡Qué desfachatez!

GONZALEZ.— Señora, la necesidad... yo no sabía. Vengo a pedirle disculpa... Yo me había comprometido... Otra vez declararé lo que usted quiera...

RENÉ.— Oyen ustedes! Sepan, sepan: a este hombre yo lo saqué de la cárcel. He hecho por él lo que hubiera hecho por un hijo... Luché contra la justicia, contra todos... Sin embargo lo cito a declarar como testigo en un asunto, y ha mentido, ha faltado descaradamente a la verdad, convirtiéndose en la peor arma esgrimida contra mí por el abogado contrario...

GONZALEZ.— Señora, yo me había comprometido.

RENÉ.— Por dinero? ¿Oyen ustedes?...

GONZALEZ.— Mis hijos... el hambre... Hubiera tenido que robar otra vez.

RENÉ.— Y la justicia? ¿Ese es el respeto que usted le tiene...?

GONZALEZ.— ¡La justicia! ¡La justicia! ¡Por bien que me ha tratado!

RENÉ.— Bueno, fuera de aquí. No quiero escuchar una palabra más. Fuera de mi casa.

GONZALEZ.— Usted perdone... en otra ocasión...

RENÉ.— Fuera he dicho... fuera de aquí... (*Mutis de GONZALEZ con PEDRO. A IRMA.*) A ver tus teorías, tu tolerancia. ¿Qué haces tú con esta canalla? Y quieres que permanezca impasible ante tanta miseria...!

## ESCENA XIV

DICHOS y el ESCRIBIENTE *por el estudio.*

ESCRIBIENTE.— Señora.

RENÉ.— ¿Qué hay?

ESCRIBIENTE.— Acaban de dejar copia del escrito del señor Núñez...

RENÉ.— Ya voy... Otro... Ustedes ni se figuran la infamia que persigue...

IRMA.— Pero ¿quién es?

RENÉ.— Un perfecto cínico que tengo de contrario. Y tan luego en el asunto más importante, en el que tengo cifradas todas mis esperanzas... Ah... lo que es esta vez me van a conocer...

DON GONZALO.—Hija... no te agites Ten cuidado...

DOÑA PEPA.—Si, René, no te disgustes.

RENÉ.—Oh... ya verán, ya verán. (*Entrando al estudio.*) Quieren que haga una locura... y lo van a conseguir...

### ESCENA XV

DICHOS *menos* RENÉ

PABLO.—Han visto ustedes? Pues esto... es lo de todos los días.

DON GONZALO.—Aconséjela... con calma... con calma... Vamos Pepa... Hasta luego... Usted Irma que es tan amiga, a ver si consigue que abandone esas tareas.

IRMA.—Me parece difícil...

DON GONZALO.—Quién sabe! (*Mutis con PEPA por el foro.*)

PABLO.—Tiempo perdido... Con su permiso... Un momento... Vuelvo en seguida... (*Mutis izquierda.*)

### ESCENA XVI

IRMA, *después* CARMEN *por el corredor con una mamadera en la mano*

IRMA.—Oiga Carmen... deme un momento. (*Mirando la mamadera.*) 150 gramos... Esta es la segunda?

CARMEN.—No, la tercera.

IRMA.—¿No le dije que le diera dos solamente?

CARMEN.—Es que... yo no puedo... sabe... Como estoy criando al mío... Pedro quiere que lo mande al concurso...

IRMA.—¿Concurso de lactantes?

CARMEN.—Sí... hay un premio... Usted comprende... Yo se lo iba a decir a la señora... para que...

IRMA.—Ella no puede...

CARMEN.—Entonces...

IRMA.—Bueno, désela... Ya veremos lo que hay que hacer... (*Carmen va hacia el dormitorio.*) Ah... oiga: después de darle la mamadera al niño, páselo un momento en el cochecito para que tome un poco de aire...

CARMEN.—Está bien. (*Entra al dormitorio.*)

## ESCENA XVII

IRMA después RENÉ por el estudio

RENÉ.— (*Saliendo muy agitada, con unos papeles en la mano.*) Que canallada!... ¡que canallada! A ver como justificas esto. A ver, con todo tu estoicismo, como me explicas tanta perversidad!

IRMA.— Habla... ¿que hay?

RENÉ.— Ahí tienes... yo que fui en el diario la propagandista de la defensa libre... ¿Para que?... Para caer en manos de un cínico, de uno de tantos pilletes que mejor estarían en la cárcel... El señor Núñez... El señor Núñez! ¿Sabes lo que ha hecho? Viéndose perdido, comprendiendo que la razón está de mi parte... le exige al Juez que se excuse de intervenir, acusándolo de tener amistad íntima conmigo... ¡Amistad íntima! Amistad íntima, ¿comprendes?

IRMA.— Pero eso es ridículo. La justicia debe estar por encima de esas sospechas...

RENÉ.— Sí... para que no faltara nada ha hecho circular por todas partes la calumniosa invectiva... A esta hora todo el mundo habla, comenta, muerde; y el mismo Juez, con ser

un modelo de rectitud, siente la presión de la malicia agena y duda...

IRMA.— Sería ridículo... Pero en todo caso habría otro para fallar...

RENÉ.— Otro que, temiéndole al escándalo, empezaría por temerse a sí mismo... Un hombre, al fin y al cabo!

IRMA.— ¿Y qué piensas hacer?

RENÉ.— Voy a verlo ahora mismo... A pedirle justicia... (*Entra al dormitorio y se pone el sombrero. Pausa.*) Pero aún así, ¿cómo tapas los oídos, como inmunizas las conciencias, como contrarrestas la maliciosa invectiva, que irá como un gusano, sembrando babas y reduciendo poco a poco la independencia de mi situación... Hoy es la sospecha, así, inocentemente esbozada, mañana será la insinuación del hecho, y después... concluirán por cegar las fuentes de la verdad, aparentando ingenuidades, que solo encubren cobardía moral... Es necesario encontrar la falla por cualquier lado y... la encontrarán... Ah... pero no estoy dispuesta a pasar por todo... Si los hombres son fieras, como a fieras los he de tratar... He de imponerme por cualquier medio. Y quieres que permanezca indiferente ante tanta bajeza...!

IRMA.— No podrías hacerlo tampoco. Obra en tí misma un proceso superior a tu voluntad...

Tu naturaleza no está hecha para tan serias pruebas...

RENÉ.— ¿Qué dices?

IRMA.— Sí... la tensión de los nervios llegará al último extremo, pero después vendrá la calma...

RENÉ.— Por lo visto, también tienes como Pablo la manía de protegerme y entras en complicidades odiosas para mortificarme como a animal dañino.

IRMA.— Pero René, ... voy a creer que te has vuelto agresiva y que estás en el período agudo de la crisis...

RENÉ.— Basta Irma, basta. Eso ya es una manía. Vas a convertirnos a todos en enfermos y concluirás por convencernos de nuestro terrible mal...

IRMA.— El mal de vivir.

RENÉ.— Ah... estaré condenada a que no me escuchan...! Cuando le hablo a Pablo una indiferencia animal se retrata en sus pupilas. Se diría que el ser inteligente ha muerto, mientras el hombre reclama caricias...

IRMA.— Es un marido, al fin y al cabo.

RENÉ.— Mis tíos no tienen una palabra de aliento y tratan de disculpar sus evasivas, alegando una ignorancia que es una negación con durezas de piedra.

IRMA.— Es el pasado.

RENÉ.— Y cuando recorro a la amistad sincera, al corazón bien templado, al alma amiga...

IRMA.— Te encuentras con el deber...

(Sale CARMEN con el niño en el cochecito hacia el corredor.)

RENÉ.— El pasado... el deber... palabras. Siempre el pasado... Y el porvenir ¿nada hemos de hacer por él?

IRMA.— ¿Has hablado del porvenir? Pues bien; ¿quieres saber la única verdad que puedo decirte?

RENÉ.— Sí; habla.

IRMA.— En tu situación, encadenada a otras vidas, si sigues como hasta ahora sacrificándolo todo al presente: tranquilidad, salud, fuerza física y moral, tendrás que renunciar al porvenir.

RENÉ.— ¿Por qué? ¿Es la cobardía, es la quietud lo que predicas?

IRMA.— Es la salud futura.

RENÉ.— Médica al fin... Otra vez la manía de curarlo todo. . ¡Qué ingenuidad!

## ESCENA XVIII

DICHOS y LUCÍA *por el foro, después PABLO por la izquierda*

LUCÍA.— Buenas tardes, señora.

RENÉ.— ¡Ah!... Usted Lucía. La he mandado buscar para que me haga unas costuras. Es un vestido nuevo... ya está cortado.

LUCÍA.— No pude venir más temprano.

RENÉ.— No importa. Ahí en mi cuarto está todo pronto. Faltan unos forros de seda; hágame el favor de ir hasta la tienda de al lado... ¿Vamos, Irma?

IRMA.— ¿A dónde?

RENÉ.— Voy a hablarle al juez... a pedirle que sea justo. O quieres que me cruce de brazos...

IRMA.— Ya te he dicho... en fin... haz lo que quieras. Te acompaño hasta allí cerca.

RENÉ.— Sí; vamos.

LUCÍA.— Señora ¿Y las pruebas?

RENÉ.— (*Desde el foro*). Ahí en mi cuarto hay un maniquí... Me parece que será igual... (*PABLO entra por la izquierda con un plano en la mano.*) Pablo, hazme el favor... ahí en mi ropero hay unos géneros que tú trajiste para un vestido... está todo junto...

PABLO.— ¿Qué?

RENÉ.— Sí; yo tengo que irme. Entregáelos a Lucía... Vamos... (*Mutis con IRMA.*)

## ESCENA XIX

PABLO y LUCÍA

(*PABLO vá hasta el dormitorio, saca del ropero un atado de géneros y vuelve cerca de LUCÍA que se habrá sentado en la máquina. Al llegar al lado de ella se miran con insistencia. Pausa larga. Después PABLO se retira hacia la derecha.*)

LUCÍA.— Pablo.

PABLO.— ¿Qué quieres? (*Acercándose.*)

LUCÍA.— ¿Qué piensas hacer? No vas más. Ya no te acuerdas de tus promesas...

PABLO.— ¿Qué quieres que haga? Mi casa, mi hogar...!

LUCÍA.— Te he esperado inútilmente! Habías de ser como todos...! ¿Farsante!

PABLO.— Pero Lucía, ¿no comprendes mi situación?

LUCÍA.— Y a tí ¿te importa acaso de la mía? Lo sacrifiqué todo por tí... todo... (*Pausa.*)

Irás mañana...? Siempre... te espero... Tengo tantas cosas que decirte .. si tu supieras... Vas a ir...?

PABLO.— No, no es posible. ¿Necesitas algo? Toma.  
(*Le dá dinero.*)

LUCÍA.— Dinero... Y crees que soy como todos! No mereces que te quieran... como te he querido... Guárdalo.

(*En esta escena son sorprendidos por ROMERO que entra apresuradamente por el foro.*)

## ESCENA XX

DICHOS y ROMERO

PABLO.— (*Transición.*) Tome, tiene que hacer algunas compras para la señora...

LUCÍA.— Sí, voy hasta la tienda... pero ella ya me dió dinero... (*Sale por el foro.*)

ROMERO.— Buenas tardes...

## ESCENA XXI

PABLO y ROMERO

ROMERO.— Hola... hola... todavía, Señor casado...?

PABLO.— No; ya no hay nada. Viene a hacer costuras...

ROMERO.— Ché... y cuando vas a concluir los planos para el edificio del Banco. ¿Son esos...?

PABLO.— Sí...

ROMERO.— Pero esto no termina nunca. No trabajas, no haces nada. Estás tirando un magnífico porvenir a la calle...

PABLO.— Que me importa...

ROMERO.— Tu te lo pierdes.

PABLO.— Bah... Lo único que me falta es perder la paciencia. Esto ya no se puede tolerar; estoy harto.

ROMERO.— Pero que te pasa...? René...

PABLO.— ¡ Ah... si supieras...! Esto no es una casa, un hogar... Concluiré por desesperar de todo... Una a una, he visto irse desbaratando mis esperanzas... Y no es que haya ocurrido entre nosotros ninguna escena de esas que abren abismos entre dos seres. Al contrario: más bien jugamos a una tragedia silenciosa, donde el único derrotado es el amor...

Día a día estoy frente a la vorágine de cosas extrañas que me arrebatan la mujer ¿comprendes? *mi mujer*, para devolverme un manojo de nervios estrujados, una imaginación torturada y un alma profundamente herida. A fuerza de palpar realidades, he llegado a la peor de las convicciones: soy casi un extraño en mi casa. Con decirte que hasta he pensado abandonarlo todo.

ROMERO.— Eso sería una cobardía indigna de tí.

PABLO.— Si, lo comprendo. Pero lo necesito como el aire para respirar. Si no cambio las condiciones de esta vida, estoy seguro de que despojándome a diario de una nueva energía, concluiré por ser un inútil, un vencido digno de lástima... Si hasta me parece que la malicia agena me lo insinua diariamente. Observa nuestras vidas: ella es, al fin y al cabo, una afirmación. Yo ni siquiera eso. Ya no soy el de antes, el que debí ser siempre... yo... Pablo Saldaña... Ahora ¿comprendes...? para los demás y hasta para mi mismo, solo soy el marido de... René Masón.

ROMERO.— Es la revancha: ellas siempre fueron la mujer de fulano.

PABLO.— Bueno, será un detalle... Pero ese y muchos otros más íntimos, me alejan de aquí... Yo lo presiento, lo veo claro...

ROMERO.— Trata por lo menos de hablarle con franqueza, de comunicarte sinceramente con ella.

Al fin y al cabo una palabra o un gesto pueden arreglarlo todo...

PABLO.— Sí; estoy dispuesto. Hoy mismo solucionaré esta situación. De cualquier modo... Es necesario, es indispensable...

ROMERO.— Mira, ahí viene... Te dejo solo con ella.

## ESCENA XII

DICHOS y RENÉ *por el foro*

ROMERO.— Señora, siento tener que retirarme... precisamente en este momento...

RENÉ.— Observo que desde hace algún tiempo usted evita que hablemos de algunos asuntos...

ROMERO.— ¿Yo? ¿Y por qué?

RENÉ.— Sí, usted, señor diputado... El avanzado, el hombre libre... había de resultar como todos... Mientras fué necesario subir, predicó la revolución. Ahora, es claro, la familia, las conveniencias... lo han llevado al extremo opuesto... ¿Cómo explica su actitud en la cámara, oponiéndose a todas las innovaciones?

ROMERO.— Usted comprende... Uno se debe a su partido... Hay exigencias... Las situaciones cambian...

RENÉ.— Sí, otro gobierno... Hay que salir reelecto, ¿verdad?

ROMERO.— Señora...

RENÉ.— No, no quiero explicaciones. Recién empiezo a conocer a los hombres. ¿Que extraño es que usted haga lo que ha hecho, cuando hasta la justicia duda y vacila?...

ROMERO.— No comprendo.

RENÉ.— Sí... ha bastado una insinuación calumniosa, un poco de veneno, unos chismes indignos, para que la imparcialidad de los hombres se vea reducida a vulgares proporciones. Sepan ustedes: no ha faltado un cínico que recuse a un juez por intimidades conmigo. El recurso ha tenido la virtud maliciosa de confundir hasta a los más honestos. Todos le temen a las malas lenguas, a la invectiva calumniosa que ya circula por todas partes. Y el mismo juez, a quien acabo de ver, duda, vacila, teme no ser superior a la maledicencia y prefiere no intervenir. Es claro... Si me dá la razón ofrecerá carne a los buitres, aumentará el rumor, vendrá el escándalo... Hay una honradez de circunstancias que es necesario defender... Y así todo. Quieren reducirme a la impotencia, pero no lo consiguran...

ROMERO.— Señora, yo creo que usted exajera.

RENÉ.— Oh... ya verán como también se imponerme...

## ESCENA XXIII

DICHOS y un MENSAJERO.

PABLO.— *(Al MENSAJERO.)* Qué quieres?

MENSAJERO.— Esta carta.

PABLO.— *(Tomándola y dándosela a RENÉ.)* Es para tí. *(Mientras RENÉ lee, diálogo rápido entre los otros.)*

ROMERO.— Aprovecha ahora: háblale.

PABLO.— Sí.

ROMERO.— Con toda franqueza. Dile lo que sientes.

PABLO.— Pierde cuidado.

RENÉ.— Ah... esto es lo que faltaba. Qué infamia! Mi acusador aprovecha los resultados de su intriga para proponerme una transacción. Vean ustedes, escrito a máquina y sin firma para no denunciarse... ¡Y qué transacción...! Arreglarnos nosotros burlando la confianza de nuestros clientes... Qué indignidad...!

ROMERO.— Yo lamento no poder serle útil en estas circunstancias. Si usted cree que es posible...

RENÉ.— No, gracias: todavía tengo energías.

ROMERO.— Hasta otro momento... *(Mutis por el foro.)*

## ESCENA XXIV

PABLO y RENÉ

(RENÉ va hasta el dormitorio, deja el sombrero. Después sale y se dirige hacia el estudio.)

PABLO.— René... tenemos que hablar.

RENÉ.— ¿Qué quieres?

PABLO.— Esto no puede seguir así. ¿Por qué continúas en esa vida de perpetua inquietud, desesperándote... y desesperándome.

RENÉ.— A tí?

PABLO.— Sí, a mí. Esto es horrible. Vivimos para los demás y no para nosotros. Hay todo un mundo de preocupaciones entre los dos, que no nos permite estar cerca, bien cerca. (Se aproxima.) Concluiremos por ser dos extraños. Renuncia por un tiempo a esa vida de continua agitación donde a diario estás pagando con tu tranquilidad... El mundo es malo, egoísta. Renuncia de una vez.

RENÉ.— ¿Y eres tú el que me lo dices? Tú que debías alentarme y ser superior a la adversidad... Tan luego ahora que necesito de todas mis energías...!

PABLO.— Es que también necesito de tí... René...

estoy harto de esta vida de tragedia... Necesito, sosiego, paz, cariño. (*Muy cerca.*) Quiero que seas mía, mía...

RENÉ.— Es claro! Como una de tantas. Sin voluntad, sin carácter. .

PABLO.— (*Alejándose un poco. Mientras RENÉ vuelve a leer la carta con gran preocupación.*) No, tu estás ofuscada, no quieres comprenderme... Yo quiero decirte que...

RENÉ.— Una transacción... Que canalla! Y para esto ha recurrido a todas las bajezas. ¿Qué te parece?

PABLO.— Déjame... No quiero ni pensar en esas cosas.

RENÉ.— Ah... tu también como todos!

PABLO.— No, no es eso. Estás ciega René, no quieres comprender. Quiero que hablemos con franqueza para evitar mayores males.

RENÉ.— Habla, a ver, habla... (*Lee nuevamente.*)

PABLO.— Si; quiero decirte toda la verdad...

RENÉ.— Una transacción...

PABLO.— Bah... ni siquiera me escuchas. Tú misma me precipitas a donde no quiero ir...

RENÉ.— Pero Pablo, no seas niño. Desde hace un rato estás lamentándote sin concretar nada... ¿Qué hay? ¿Qué te pasa?

## ESCENA XXV

DICHOS y el ESCRIBIENTE, después LUCÍA por el foro.

ESCRIBIENTE.—Está el señor Núñez, esperándola...

RENÉ.—Ah... él aquí...? Ahora me va a escuchar...

(*Mutis del escribiente.*)

PABLO.—No vayas René... Quédate.

RENÉ.—Al contrario, voy a darle una lección bien merecida. ¿Crees que todos han de tener el derecho de jugar conmigo?

PABLO.—Quédate, te digo... Quédate... No quiero que vayas. (*Imperativamente.*)

RENÉ.—Bueno, no iré. Vé tú. Da el frente. Arrójalo fuera de mi casa. (*Pausa.*)

PABLO.—Deja que se vaya... Ahora solo me interesa que hablemos de nuestras cosas.

RENÉ.—Pero, Pablo; tenemos tiempo... luego de noche...

PABLO.—No, ahora mismo. Necesito decir la verdad. Yo no puedo, no puedo... seguir viviendo en esta forma. Abandona todas esas preocupaciones... escúchame... porque después será tarde. Es mi corazón que habla. Es todo mi ser que protesta contra esta tiranía de lo demás que nos separa y nos aleja. Yo te quiero para mí, necesito tus caricias de otro tiempo.

RENÉ.—¡Pablo!... Concluirás por hacerme el amor... como un chiquillo... Es poco serio...

PABLO.—Sí... basta de seriedades, estoy harto de seriedades... quiero una vida nueva, quiero tranquilidad, quiero afecto, quiero amor, amor. (*Abrazándola.*)

RENÉ.—Pero, Pablo... Pablo. ¿Tendré que decirte que son las seis de la tarde?... (*Mutis para el estudio.*)

## ESCENA XXVI

PABLO, después LUCÍA por el foro

PABLO.—(*Se sienta sollozando y con la cabeza entre las manos.*) ¡Es inútil... es inútil!...

LUCÍA.—(*Después de una pausa.*) Pablo... ¿Llorando?

PABLO.—Ya ves... esta es mi vida.

LUCÍA.—¡Y para eso me abandonaste!

PABLO.—Qué quieres... la familia... el hogar...

LUCÍA.—Pobre amigo mío... Ahora te toca a ti... También yo he llorado mucho.

PABLO.—Por mi causa. (*Se siente murmullo de voces en el despacho.*)

LUCÍA.—Sí. (*Llora. Pausa.*)

PABLO.—¡Ah!... ¿todavía me quieres? Sí, dime que me quieres... Necesito cariño, tengo ansias de amor... Siento un vacío horrible en el alma... (*Abrazándola.*) Yo volveré a ti como antes, cuando nos queríamos, cuando vivíamos el amor libremente como una gloria, cuando eras mía, mía, solamente mía. (*LUCÍA reclina la cabeza sobre el hombro de PABLO.*) Tú sí que quieres. Tú eres mujer, alma, amor... (*La besa.*)

LUCÍA.—No, Pablo... estás en tu casa...

(*Murmullo de voces en el despacho.*)

PABLO.—No, aquí me ahogo. Esto no es una casa... Vámonos juntos, lejos, muy lejos, y solos, solos... ¿Quieres Lucía? (*Pausa*)

LUCÍA.—Haz de mi lo que quieras...

PABLO.—Sí... (*Entra rápidamente al dormitorio y sale con sobretodo y sombrero.*) Vamos...

(*Se oyen las voces de RENÉ, desde el estudio. PABLO y LUCÍA se detienen un instante en el foro al salir RENÉ a escena.*)

## ESCENA XXII

DICHOS, RENÉ *por el estudio*, después PEDRO *por el foro*

RENÉ.—(*Voz interior.*) Pablo... Pablo... ven. Arroja a este canalla de mi casa. (*En escena.*) Ven... pronto. (*Al ver a PABLO y LUCÍA cerca del foro, confundida.*) Oh... Ustedes... Ustedes... (*Pausa.*)

LUCÍA.—No... nó.

PABLO.—Sí... nosotros. Nos vamos. Tu lo has querido. (*Mutis por el foro.*)

RENÉ.—Huye, cobarde... huye... (*Gritando.*) Cobarde... cobarde...

PEDRO.—(*Entra con un paquete bajo el brazo. RENÉ calla, sorprendida.*) ¿Que hay, señora?

RENÉ.—Nada. (*PEDRO se retira por el corredor haciendo gestos. Pausa.*) Me dejan sola... sola...

## ESCENA XXVIII

DICHOS y NÚÑEZ por el despacho, después CARMEN y PEDRO por el corredor, izquierda, con el cochecito.)

NÚÑEZ.—(Desde la puerta del despacho.) Pero señora, con buena voluntad se arreglan las cosas. Mire que los dos salimos ganando. Esto no se presenta todos los días...

RENÉ.—Retírese inmediatamente. Eso es una canallada.

NÚÑEZ.—No es para tanto. Tenemos que arreglarnos.

RENÉ.—Ah... se vale de que soy una mujer. Pues se irá usted a la fuerza... No puedo más, no puedo más. (Vá hacia el dormitorio, abre un cajón de la cómoda y arroja ropa al suelo, buscando algo con insistencia, hasta que encuentra un revólver. CARMEN aparecerá mientras tanto con el cochecito por el corredor mientras PEDRO desenvuelve el paquete.)

PEDRO.—Mirá, aquí tengo el juguete para el chico. Vamos a dárselo.

CARMEN.—¿Y el nene? (Señalando el de René.)

PEDRO.—Déjalo un minuto, vamos. CARMEN deja el cochecito al lado de la máquina. Cruza

el patio rápidamente con PEDRO, dirigiéndose al corredor izquierda, y se detienen asombrados al escuchar las voces de René. Toda esta escena muy rápida.)

RENÉ.—(Sale del dormitorio con un revólver en la mano. A NÚÑEZ que se retirará hacia la puerta del despacho.) Ah... canalla... todavía en mi casa? Fuera, fuera... ó no respondo de mí...

PEDRO.—Señora...

RENÉ.—(Da vuelta rápidamente y trata de esconder el revólver.) ¿Que hacen ustedes ahí?

CARMEN.—Nada... llevamos un juguete para el chico... como es navidad... (Pausa.) ¿Usted también? Ya veo que lo esconde...

RENÉ.—(Muy emocionada.) Sí, también... un juguete, un juguete...

CARMEN.—Entonces le dejo el nene... un momentito, no más. Vuelvo enseguida. (Acercas el cochecito. Medio mutis de CARMEN y Pedro.)

RENÉ.—Sí, pero... (Cae el revólver al suelo. RENÉ retrocede dando un grito y llevándose las manos al rostro con espanto. Mira alternativamente el arma y el coche con el niño, exteriorizando una violenta impresión.)

PEDRO.—Señora...

CARMEN.—¿Que pasa?

RENÉ.—Nada... nada... el juguete. (Va a acercarse al cochecito y cae sobre una silla, sollozando con la cara entre las manos.)

Dios mío... Dios mío... (CARMEN y PEDRO quedan un instante mirándose en silencio. Después recogen el revólver, mirándose azorados, mientras RENÉ prorrumpe en sollozos.)

TELÓN

## ACTO CUARTO

(Decoración del 1.er acto)

### ESCENA I

RENÉ y PEDRO

(Al levantarse el telón aparece RENÉ escribiendo junto a un «secrétaire». Corrige unas pruebas. PEDRO parado cerca de ella con el sombrero en la mano. Pausa larga. RENÉ coloca la prueba en un sobre y escribe la dirección.)

RENÉ.— Escuche Pedro: vaya inmediatamente hasta la redacción de *Vida Nueva*. ¿Sabé dónde es?

PEDRO.— Sí, señora.

RENÉ.— Entrega esto al señor Fabre. No demore, que no queda tiempo. Ah... espere a que salga el diario y me trae un número.

PEDRO.— Muy bien. (*Mutis por el foro. RENÉ pasa al comedor con los niños. Se oirán murmullos de una lección del alfabeto.*)

## ESCENA II

DOÑA PEPA y DON GONZALO *entrando por el foro*

DOÑA PEPA.— Cuenta, cuenta; ¿estuviste con él?

DON GONZALO.— (*Sentándose con desaliento.*) Sí... lo que nos habíamos figurado.

DOÑA PEPA.— ¿Quiere venir?

DON GONZALO.— (*Seña afirmativa.*) Si supieras las cosas que me ha dicho. Acabo de dejarlo llorando como un chico.

DOÑA PEPA.— ¡Pobre Pablo!

DON GONZALO.— Quiere, de cualquier modo, presentarse aquí, hablarle y convencerla... Me ha pedido que yo le hable a René por última vez. Quedó ahí cerca... esperándome.

DOÑA PEPA.— Ahí viene René; háblale, háblale.

DON GONZALO.— No te vayas. Ayúdame.

## ESCENA III

RENÉ y cuatro niños *por el comedor*

RENÉ.— Sí, estoy conforme. Ahora á jugar un rato al patio. Y cuidado con destrozar la ropa...

TOTÓ.— Abuelito... abuelito... ¿me trajo caramelos? (*Corre a abrazarlo.*)

DON GONZALO.— Sí... toma... (*Besos y caricias.*)

RENÉ.— Me lo tienen perdido con tantas golosinas.

DON GONZALO.— Hoy es un día especial.

RENÉ.— Oh... un día, sí... y otro también. Bueno: ahora a jugar un rato con sus amigos y cuidado con lastimarse. (*Los niños salen corriendo para el patio y poco después se oyen sus cantos.*)

## ESCENA IV

RENÉ, DON GONZALO y DOÑA PEPA

(RENÉ *vá hasta la puerta donde oye los cantos de los niños. Gestos de los ancianos que no se deciden a hablarla. RENÉ volverá hacia ellos cuando lo indica el diálogo, cerrando la puerta y apagándose el rumor de los cantos.*)

(*Voces interiores.*) { UNA VOZ.— Angelito, angelito de oro  
Centinela del marqués,  
Vengo de parte de mi amo,  
Cuántas hijas tiene usted...  
CORO.— Si las tengo o no las tengo  
Yo las sabré mantener,  
Con el pan que Dios me ha dado,  
Ellas comen, yo también.

DON GONZALO.—René, escucha... Tengo que decirte...

RENÉ.—Hable, ¿de qué se trata?

DON GONZALO.—Ven aquí, más cerca...

RENÉ.—(*Riendo.*) Parece algo grave? (*Cerrando la puerta.*) Ya lo escucho... (*Pausa.*) Pero qué misterio es éste...? ¿Qué pasa?

DON GONZALO.—René, acabo de estar con Pablo. (*Gesto de RENÉ.*) Me mandó buscar... Si tú supieras... lo he visto llorar como un niño!

RENÉ.—Mire... no hablemos de eso... Tan luego en este día...

DON GONZALO.—Precisamente, en este día... Pablo quiere verte... hablar contigo... que lo perdones... Quiere volver junto a tí, junto a nosotros... Hace tres años que vive sólo... sólo...

RENÉ.—Si... hace tres años que... tuvo la cobardía de abandonarme. En los peores momentos, cuando todo se conjuró contra mí, cuando más necesitaba a mi lado de un espíritu fuerte, me abandonó por otra que solo era capaz de proporcionarle una aventura de amor... ¿Con qué derecho, en nombre de qué valor moral, reclama ahora lo que ayer despreció?

DON GONZALO.—En nombre de su hijo...

RENÉ.—No, no... Esa criatura no le debe nada. Yo sola lo he cuidado. Yo lo abandoné todo, todo, para darle vida de mi vida, alma de

mi alma. Junto a su cuna — en largas noches de enfermedad — supe apreciar la responsabilidad de las madres y lo poco que significan las preocupaciones del mundo al lado de este amor, que no puede explicarse hasta que no se siente... Mi hijo... El me salvó de la tragedia y acaso de la desesperación. Todo, todo lo abandoné por él... Entonces Pablo no estuvo allí... Y ahora que por mi solo esfuerzo, reconstruyo los cimientos de un hogar deshecho, ahora que aliento la secreta esperanza de ver realizados mis ensueños por medio de otro ser que es parte de mi misma, ahora... vuelve reclamando sus derechos de padre, como si la paternidad fuera un patrimonio que se conquista en una noche de amor y no un título que se gana con el corazón y con el ejemplo...

DON GONZALO.—Es cierto, tu has sufrido mucho. Pero él también.

DOÑA PEPA.—Hay que perdonar.

RENÉ.—No insistan, es inútil. Además, cuando renuncié a mi vida de entonces y vine a esta casa, fué bajo la promesa...

DON GONZALO.—Sí, tienes razón; pero han pasado tres años. El quiere verte... y al nene también.

RENÉ.—Ah... Su hijo, el que él abandonó, llegará a ser su orgullo, pero un orgullo que tendrá

que conquistar palmo a palmo... Él lo sabe... Ya tiene su retrato... y ejercicios de primeras letras. Después vendrán las ideas, amplias y generosas... los sentimientos viriles y delicados, y el carácter... oh!... el carácter... Recién comienzo la obra... Para que sea suyo como antes, tendrán que pasar algunos años... Ahí tienen ustedes mi venganza...

DON GONZALO.— No, tu debes perdonar.

DOÑA PEPA.— Seríamos todos tan felices!

RENÉ.— Es inútil: todavía está aquí la herida palpitante, todavía siento el dolor de aquellos días tristes en que lloré todas mis lágrimas y en que creí desesperar.

DON GONZALO.— (*De pie.*) Entonces... ¿que le digo?

RENÉ.— Que nó.

DON GONZALO.— Bueno, hasta ahora. (*A Pepa.*) Vuelvo enseguida.

DOÑA PEPA.— No demores; mira que tenemos invitados. (*Mutis de Don Gonzalo por el foro. Pausa.*)

### ESCENA V

DICHOS y CONSUELO *por la izquierda*

DOÑA PEPA.— ¿Qué tal hija? ¿Cómo van esos preparativos?

CONSUELO.— Ah... muy bien, muy bien. Esta cocinera tiene unas manos de oro. Ha preparado una mayonesa de ostras, un *suprême* de pollo y... otras sorpresas.

RENÉ.— Por supuesto que tú también andas en esas maniebras.

CONSUELO.— Le explico las recetas del libro... Ahora está preparando unos helados de vainilla. Digan, ¿Pedro estuvo por aquí?

RENÉ.— Fué hasta la imprenta.

DOÑA PEPA.— ¿Hasta la imprenta?

RENÉ.— Sí, no se asuste.

CONSUELO.— (*Vá hacia la derecha.*) Entonces iré yo a buscar flores para la mesa. Es una desgracia: con el viento de ayer no ha quedado casi nada en el jardín... (*Mutis.*)

RENÉ.— Pobre Consuelo... Siempre la misma. Ella para todos y nadie... para ella.

DOÑA PEPA.— Y... ¿nosotros?

RENÉ.— Sí, nosotros...

### ESCENA VI

DICHOS y DOÑA FILOMENA, CHICHÍ, BEBA y JAIMITO *por el foro. (Las primeras visten de luto.)*

DOÑA FILOMENA.— Adios hija, mis felicitaciones. Recién acabo de felicitar a don Gonzalo ..

JAIMITO.— Señora, por muchos años. ¿Cómo está, René?

RENÉ.— Muy bien. ¿Cómo están muchachas? (*Besos y saludos.*)

BEBA.— Muy bien y tú?

CHICHÍ.— (*A DOÑA PEPA.*) Y que podamos festejar las de diamante...

DOÑA PEPA.— Muchas gracias.

DOÑA FILOMENA.— Lo mismo digo yo. Tu has tenido la suerte de festejar este aniversario... Yo desgraciadamente... (*llora muy compungida.*)

CHICHÍ.— Mamá, no te aflijas.

DOÑA PEPA.— Sí, hija, hay que conformarse.

DOÑA FILOMENA.— Pobre Bermúdez, tan bueno! Qué se va a hacer! Dios lo ha querido! (*Transición.*) Recibiste el postre?

DOÑA PEPA.— Sí; para que se incomodaron?

DOÑA FILOMENA.— Que quieres, a los pobres no nos queda mas que ese recurso. Y he tenido una verdadera lucha con estas muchachas. No querían que le pusiera las iniciales de ustedes con grajea... Es un recuerdo, ¿verdad?

DOÑA PEPA.— Es claro.

RENÉ.— Si ustedes me permiten voy a ver un momento a los chicos. Vuelvo enseguida.

DOÑA FILOMENA.— Sí, hija, ¿cómo no? (*Mutis de RENÉ por el foro.*)

## ESCENA VII

DICHOS menos RENÉ

(*DOÑA FILOMENA y DOÑA PEPA en último término izquierda. A la derecha y rodeando una mesita donde habrá revistas e ilustraciones, JAIMITO, BEBA y CHICHÍ.*)

JAIMITO.— Miren ustedes: «*Le Chic Parisiën*».

CHICHÍ.— A ver: ¿es el último número?

JAIMITO.— Creo que sí... (*Se agrupan.*)

DOÑA PEPA.— Y... ¿conseguiste lo que esperabas?

DOÑA FILOMENA.— ¿La pensión? Todavía no. Es un trabajo! Tú no te figuras...

BEBA.— Díganos, Jaimito, ¿le parece bien que nos saquemos por completo el luto para Octubre?

CHICHÍ.— Ya hará más de año y medio.

JAIMITO.— Les diré: se estila llevarlo dos años; pero hay excepciones. Las de Figueroa, por ejemplo, cuando murió su papá, estuvieron un año en la quinta sin ver a nadie. Después seis meses en Europa, donde tampoco veían a ninguna persona... conocida... se entiende, y cuando regresaron al año y medio, traían unos trajecitos de alivio, así como esos...

BEBA.— Sí, pero no vamos a ir así a las playas.

JAIMITO.— ... para entonces!...

CHICHÍ.— Quien sabe aquí no hay algún modelo...  
(*Miran los figurines.*)

JAIMITO.— Puede ser.

DOÑA FILOMENA.— Ah... hija. Algo peor todavía. Ayer tuve que mandar el cofrecito de alhajas al Monte de Piedad... Todo por una miseria...

DOÑA PEPA.— Pero ¿por qué no te acuerdas que tienes amigas?...

CHICHÍ.— Dígame, Jaimito, ¿se usan todavía las faldas *entravées*?

JAIMITO.— No; ahora hay una tendencia marcada a la sencillez. Ayer ví precisamente a las de Ibáñez con unos vestidos de *guipure* y *liberty*, casi *tailleur*, ¿*comprenez-vous*?

CHICHÍ.— *Oui; parfaitement.*

BEBA.— *Yes; very well.*

CHICHÍ.— Mira, Beba; aquí vienen unos modelos de *foulard*.

JAIMITO.— ¿Ven ustedes? La sencillez, la sencillez: está de moda...

BEBA.— ¿Oyes, Chichí: hay que ser sencillas.

CHICHÍ.— Sí, era lo que yo te decía.

JAIMITO.— De cualquier modo: ustedes siempre estarán adorables.

CHICHÍ.— ¡Oh!... *vous êtes toujours l'ami des femmes.*

JAIMITO.— *Avec plaisir.*

DOÑA PEPA.— Hay que conformarse hija, hay que conformarse...

DOÑA FILOMENA.— ¡Que más remedio!... ¡Pobre Bermúdez... tan bueno!

### ESCENA VIII

DICHOS y DON GONZALO *con* ROMERO y ZABALA  
*por el foro*

DON GONZALO.— Adelante, adelante...

ROMERO.— ¡Oh!... Cuanto de bueno! Ya sabíamos que ustedes no podían faltar en esta ocasión.  
(*A FILOMENA.*) ¿Cómo está, señora?

DOÑA FILOMENA.— Muy bien... Aquellos papeles que usted me encargó ya están prontos, así es que espero el cumplimiento de su promesa...

ROMERO.— Pierda cuidado: a pesar de las enormes tareas que tengo en estos momentos, no he de olvidar a la familia de mi buen amigo Bermúdez, cuyos servicios al país bien merecen una recompensa. Pierda cuidado: hemos de conseguir que se vote la pensión.

DOÑA FILOMENA.— Gracias, en usted confío. ¡Pobre Bermúdez, tan bueno!

CHICHÍ.— ¡Pero, mamá!

DON GONZALO.— (A ZABALA.) ¿Y su mujer?

ZABALA.— Quedó en casa. Tiene siempre tanta tarea... es una lidia.

DOÑA FILOMENA.— (A ROMERO.) Ya hemos visto que ha pronunciado usted un discurso en la Cámara. Usted ha estado en contra del sufragio femenino.

ROMERO.— Sí, mis ideas se han modificado algo al respecto...

DOÑA FILOMENA.— ¡Es claro! Las mujeres no deben meterse en política ¿verdad, Zabala?

ZABALA.— Que política, ni política... Esa queda para los desocupados...

ROMERO.— Hombre, yo...

ZABALA.— No, no es por usted.

DOÑA FILOMENA.— Y qué me cuentan de René; ¿ya no se ocupa de estas cosas?

DOÑA PEPA.— Ella es tan reservada.

DOÑA FILOMENA.— Pobre; después del fracaso que tuvo. Porque en todo le fué mal...

CHICHÍ.— ¿Qué le parece? ¿Qué le parece?

JAIMITO.— Oh... delicioso... delicioso... (Risas entre JAIMITO, BEBA y CHICHÍ.)

BEBA.— Este Jaimito tiene unas ocurrencias.

JAIMITO.— Chitsss... la doctora... después les cuento.

## ESCENA IX

DICHOS y RENÉ y CONSUELO *por el foro. Esta última con un ramo de flores en la mano.*

RENÉ.— Ven aquí con nosotros y déjate de tonterías.

CONSUELO.— Es que no va a haber tiempo. Aún hay que arreglar la mesa. Ustedes perdonen, un momento. (*Mutis hacia el comedor donde se le verá arreglar la mesa con los sirvientes.*)

DOÑA PEPA.— ¿Qué hay?

RENÉ.— Que Consuelo, siempre ha de ser la misma, toda la vida pensando en los demás...

DOÑA PEPA.— Es que siempre tiene tiempo para todo.

RENÉ.— Menos para pensar en sí misma.

DOÑA FILOMENA.— Es cuestión de vocaciones... Ella es así... Tu en cambio, has conocido la vida, has luchado, has vencido. Digo: me parece.

RENÉ.— Puede hablar francamente: le perdono ironías... Al fin y al cabo es mejor decirlo en presencia de uno.

DOÑA FILOMENA.— Hija: me parece que no he dicho ninguna inconveniencia... Yo siempre te he defendido y cuando te oía llamar «Doña Quijote» siempre protestaba...

RENÉ.— Muchas gracias...

DOÑA FILOMENA.— ¿No sabes que Romero dijo ayer un discurso en la Cámara? Tu debes conocer el asunto: el sufragio femenino. Usted está en contra Romero?

RENÉ.— Sí... pero dejando a salvo sus ideas avanzadas...

ROMERO.— Señora, usted convendrá conmigo en que la sociedad no está preparada.

RENÉ.— No gaste dialéctica señor diputado. Yo tampoco soy partidaria de esa ley. Sería crear un nuevo mal y complicar inútilmente las cosas... Ustedes solos no se entienden...

JAIMITO.— Han visto? Parece que la doctorcita... evoluciona. Vamos a escuecharlos; es interesante...

CHICHI.— Sí vamos.

BEBA.— Vamos.

DOÑA FILOMENA.— Veo que has modificado mucho tus ideas... la experiencia hija.

RENÉ.— Tiene usted razón: la experiencia me ha enseñado muchas cosas, y sobre todo una: saber conscientemente lo que tengo que hacer.

DOÑA FILOMENA.— Yo siempre lo decía: las mujeres para ser muy de su casa, no necesitan tanta Universidad, ni tantos libros.

JAIMITO.— Yo opino que...

RENÉ.— Ah... ¿Usted también opina? cuándo?

JAIMITO.— Señora, cada uno... (A CHICHI. Esta anda buscando que yo le plante una fresca: ya verán, se la liga, se la liga...)

ROMERO.— No; la verdadera cuestión es ésta: ¿Conviene o nó la Universidad para mujeres? ¿Conviene que estas intervengan en la lucha diaria? ¿Es necesario el sufragio femenino?

RENÉ.— ¡Pero, señor diputado! Eso debía haberlo pensado antes de dictar leyes.

ROMERO.— Que quiere! No vamos a reformar la Sociedad en un día!

RENÉ.— ¡Reformar la Sociedad! No serán ustedes por cierto los que lo consigan. Tendrían que empezar por reformarse ustedes mismos...

DOÑA FILOMENA.— Pues si ellos no lo consiguen. ¿Qué hemos de hacer nosotras? Todas no tienen tu talento...

JAIMITO.— Y usted, señora, cree en eso del talento? Pues mire usted: hace poco un diario de París organizó un *enquête*, sobre las condiciones necesarias para la mujer actual y el talento resultó la décima condición...

RENÉ.— Sorpresas de los concursos. (A JAIMITO.) Sabe usted, cual resultó la primera condición del hombre en otra *enquête* realizada hace poco?

JAIMITO.— La educación.

RENÉ.— No: la virilidad.

ZABALA.— (A JAIMITO,) Que me cuenta amigo: ¿ha visto?

ROMERO.— Yo estoy por la emancipación... Pero no al extremo de que se estropeen las delicadas manos y se tornen adustos los hermosos rostros juveniles...

RENÉ.— La eterna canción: lirio de purezas, casta paloma, perfume de la vida... Y sin embargo la estadística, que es una vieja flaca y fea pero que no miente, nos dice que en el país más avanzado, en el de la galantería, se ha constatado que en pocos años ha aumentado en dos millones el número de trabajadores y en tres millones el número de infelices mujeres que se ven obligadas a ganarse un jornal.

ROMERO.— Eso es cuestión de socialismo puro.

RENÉ.— Tal vez; pero me inclino a creer que el mal reside en nosotras mismas.

JAIMITO.— (Hay que tomarlo a chacota.) Pero, señora, ¿cómo puede haber enemigos de la mujer? Yo no conozco nada más que uno?

BEBA.— ¿Cual?

JAIMITO.— El viento.

CHICHÍ. } Que gracioso! (Risas.)

BEBA. } Que ocurrente!

RENÉ.— Ahí tiene usted, señora, el enemigo traicionando a sus hijas.

DOÑA FILOMENA.— ¿Quien?

RENÉ.— La frivolidad.

DOÑA FILOMENA.— Se equivoca: mis hijas no serán bachilleras, pero son muy de su casa, saben francés é inglés, saben música y cualquiera de ellas interpreta a Schudman o Chopin.

CHICHÍ.— Chopin, mamá.

DOÑA FILOMENA.— Bueno, es igual... pen o pin... tanto da.

BEBA.— (A JAIMITO.) Ya nos está fastidiando con sus discursos; dígame alguna buena...

JAIMITO.— Espere, espere... (Se oyen en la calle gritos de vendedores de diarios: «Vida Nueva», «Vida Nueva».)

ROMERO.— De modo que usted cree que todas, sin excepción, deben ir a la Universidad y ser profesionales...

ZABALA.— ¡Lucidas iban a andar las casas!

RENÉ.— Naturalmente, señor Zabala: la casa anda mucho mejor cuando se tiene una pobre mujer que cocina, que lava, que plancha, que cuida los chicos, que jamás opina, que no sale nunca a ningún lado y que ni siquiera sabe lo que es vivir un hermoso día de primavera...

ZABALA.— No señora, no tanto: en Navidad, en primero de año, el 25 de Agosto... hay tantas fiestas...

ROMERO.— De manera que usted cree que todas las mujeres deben estar preparadas para la lucha por la vida...

RENÉ.— Sí, lo creo... Lo cual no significa que to-

das deban intervenir en esa lucha, que por otra parte en las condiciones actuales resulta dolorosa... Cuando las circunstancias lo exijan que no nos encuentre desprevenidas... Y si no llega el caso, nada se ha perdido... Porque hay otra misión fundamental que cumplir... Reformarlos a ustedes...

ROMERO.—Lo cual se consigue por el amor, que es la ley de la vida....

(CONSUELO sale del comedor y hace mutis por el foro.)

RENÉ.—¡Oh... el amor! ¡Mucho tendríamos que hablar al respecto! Mire usted a mi hermana: buena, amable, con todos los atributos de un ser profundamente femenino, con todas las galas de un espíritu sensitivo... Pues el amor, que es ley de la vida, ha sido indiferente para su juventud; y sin embargo, la vemos ser más estoica que todos nuestros héroes, acatando una ley absurda que la despoja de sus derechos y siguiendo tranquilamente su carrera, buena para todos, ofreciendo sonrisas y prodigando afectos... ¡Y como ella cuántas!... Ahora dígame usted que dicta leyes, que reglamenta el tráfico social, ¿ha pensado alguna vez en este proletariado del amor, tan respetable como ese

otro al cual se le reglamentan jornadas y se le acuerdan subsidios?...

ZABALA.—¡Bah!... en este caso no hay peligro porque no pueden declararse en huelga.

RENÉ.—Lo mismo se dijo siempre de todos los oprimidos.

## ESCENA X

DICHOS y PEDRO *por el foro, con un periódico en la mano*

PEDRO.—Señora, aquí está. Me dijo el señor Fabre que le diera muchos recuerdos...

RENÉ.—Muy bien. (*Toma el periódico y lo lee ligeramente. Mutis de PEDRO por el foro.*)

DOÑA FILOMENA.—(*A DOÑA PEPA.*) ¿Escribe otra vez?

DOÑA PEPA.—Creo que sí.

DOÑA FILOMENA.—(*A ROMERO.*) ¿Qué me cuenta? Dígame algo.

ROMERO.—Por lo visto no cede usted en sus afanes de reformarlo todo. Pues creo que si se sanciona el sufragio femenino ya va a tener trabajo para rato...

RENÉ.—No, ya le he dicho que no creo en ese sufragio.

ROMERO.— Pero por lo que he leído, sus amigas se aprestan para luchar por su candidatura a diputado... Así lo ha proclamado hace poco la «Liga feminista»

RENÉ.— Ha sido una ingenuidad de la cual no tengo la culpa... Yo no lo hubiera permitido jamás... Precisamente acabo de enviar una comunicación desautorizando esos propósitos y renunciando a toda participación en trabajos de Ligas y Comités. Aquí está, aquí está... (*Deja el periódico sobre el secrétaire.*)

DOÑA FILOMENA.— Menos mal.

ROMERO.— Reacciona entonces? Abdica de sus ideas?

RENÉ.— Solamente en cuanto a los medios para realizarlas.

DOÑA FILOMENA.— Es claro! A quien se le ocurre modificar las cosas de la vida. El mundo es así...

RENÉ.— No crea: hay mucho que modificar: la obra será lenta, muy lenta, pero es la única que podemos y debemos realizar.

ROMERO.— No comprendo.

RENÉ.— Tenemos que empezar por reformarlos a ustedes para que sean capaces de vivir una vida mejor.

ROMERO.— ¿Y... cómo se alcanza el milagro?

RENÉ.— Ah... ese es el secreto. Hasta ahora hemos tenido la llave del mundo en nuestras manos y no hemos sabido utilizarla. Más bien

dicho, no estábamos preparados para utilizarla...

DOÑA FILOMENA.— (*A DOÑA PEPA.*) Es inútil: no cambia.

JAIMITO.— (*A CHICHÍ y BEBA.*) ¿Qué me cuentan ustedes?

(*Se oyen nuevamente los cantos de los niños: «Angelito, angelito etc.»*)

RENÉ.— ¿Oyen? Son los niños que cantan. Ahí también está el mío. Ya crecerá... crecerá... sano... fuerte... libre... y será un hombre... un hombre de verdad. (*Se interrumpen de pronto los cantos.*) La obra será lenta, muy lenta .. pero segura. (*Se oye el grito de un niño. Silencio repentino. Todos se sorprenden ante un gesto de RENÉ. Pausa.*) ¿Pero... qué hay? ¿Qué pasa?... ¿Qué ocurre...? (*Pausa. RENÉ va hasta el foro.*)

## ESCENA XI

DICHOS y CONSUELO, precipitadamente por el foro

CONSUELO.— René, René... el nene.

RENÉ.— ¿Qué ocurre? Dí, pronto.

CONSUELO.— El nene... Toto.

RENÉ.— Habla... habla.

CONSUELO.— No está.

RENÉ.— ¿Qué dices?

CONSUELO.— Lo han llevado... Un hombre entró recién al patio donde jugaba con los otros niños... y se lo llevó.

RENÉ.— Hijo mío, hijo mío... (*Mutis por el foro.*)

DOÑA PEPA.— ¡Qué desgracia!

DON GONZALO.— Espera, Pepa, no salgas.

DOÑA PEPA.— No, yo voy también... Dios mío.  
(*Mutis con DON GONZALO por el foro.*)

## ESCENA XII

DICHOS *menos* RENÉ, DON GONZALO y DOÑA PEPA

DOÑA FILOMENA.— Que barbaridad, meterse en las casas de familia. Algún anarquista, seguro.

JAIMITO.— Que extraño es esto!

ZABALA.— Ya aparecerá, ya aparecerá.

BEBA.— Parece mentira.

ROMERO.— Diga Consuelo: ¿cómo ha ocurrido eso?

CONSUELO.— Yo salí hace un momento al patio para traer a los niños que estaban jugando. Ya estaba cerca de ellos, cuando sentí un grito

y ví a un hombre que corría, llevándose al nene en brazos.

DOÑA FILOMENA.— No le viste la cara?

CONSUELO.— No. Llevaba un sobretodo grande y... subió a un coche.

## ESCENA XIII

DICHOS y RENÉ, DON GONZALO, DOÑA PEPA  
y los niños *por el foro*

DON GONZALO.— Bueno hija, no hay que desesperar.

DOÑA PEPA.— Dios mío. (*Se sienta llorando.* DOÑA FILOMENA y DON GONZALO *tratarán de consolarla.*)

RENÉ.— Que horrible... que horrible. (*Se sienta un instante llorando.*)

ROMERO.— (*Por los niños.*) Y éstos ¿qué dicen?

DON GONZALO.— Pobrecitos: se han llevado un susto! Toma, Consuelo, llévalos tú. (*CONSUELO hace mutis derecha con los niños.*)

RENÉ.— (*De pie, enérgicamente.*) Bueno, hay que buscarlo, hay que encontrarlo de cualquier modo... A ver ustedes que hacen?... (*Desde el foro.*) Pedro... Pedro...

ROMERO.— Yo voy hasta la policía en un momento.

RENÉ.— Sí, pronto, pronto.

ROMERO.— Pierda cuidado, que haré cuanto sea posible. (*Mutis por el foro.*)

JAIMITO.— Yo voy hasta la imprenta y de allí hablaré por teléfono a las comisarías. (*A ZABALA.*) Venga usted conmigo.

ZABALA.— ¿Para qué?

DOÑA FILOMENA.— Sí, hombre, muévase. Siquiera una vez en su vida...

PEDRO.— (*Desde el foro.*) Señora... qué desgracia.

RENÉ.— Vaya inmediatamente, busque por todos lados... averigüe... pronto, pronto.

PEDRO.— Sí, señora, enseguida. (*Mutis.*)

JAIMITO.— Hasta ahora, René. Creo que traeré buenas noticias.

ZABALA.— Lás 6 1/2... ¡Qué barbaridad! (*Mutis de JAIMITO y ZABALA por el foro.*)

#### ESCENA XIV

RENÉ, DON GONZALO, DOÑA PEPA, DOÑA FILOMENA BEBA y CHICHÍ, después CONSUELO que se coloca al lado de RENÉ, abrazándola.

RENÉ.— ¡Qué canallada... qué injusticia! (*Se sienta sollozando frente al escritorio, de espaldas al público.*)

DOÑA PEPA.— Dios mío... que desgracia.

DON GONZALO.— Pero mujer, no te alteres.

DOÑA FILOMENA.— Vamos á llevarla á su cuarto; es mucho mejor.

DON GONZALO.— Si, vamos Pepa.

DOÑA FILOMENA.— Hija, tranquilízate, no es nada.

DON GONZALO.— Consuelo.

CONSUELO.— ¿Qué?

DON GONZALO.— Quédate con René.

DOÑA FILOMENA.— (*A BEBA y CHICHÍ.*) Y ustedes también... ¿Qué le parece Gonzalo? (*Le habla al oído.*)

DON GONZALO.— ¿Cómo?

DOÑA FILOMENA.— Si, es seguro. (*Vuelve a hablarle.*)

DON GONZALO.— No creo en esas cosas, pero... Como usted quiera. (*Mutis DON GONZALO, DOÑA FILOMENA y DOÑA PEPA por la izquierda.*)

#### ESCENA XV

RENÉ, CONSUELO, CHICHÍ, después IRMA por el foro

(*Pausa larga. Todos se miran en silencio, escuchando los sollozos de RENÉ. Entra IRMA.*)

CONSUELO.— (*En puntas de pié y haciendo señas de silencio.*) ¿Sabe lo que pasa...? Una desgracia.

IRMA.— Si, ya se. (*Pausa.*) Oye René: no hay que desesperar; el niño está en sitio seguro.

RENÉ.— ¿Dónde? ¿Quién lo tiene?

IRMA.— Tu marido.

RENÉ.— ¿Pablo?

IRMA.— Sí, Pablo. Acabo de estar con él. Iba apresuradamente en un coche y descendió en mi casa, encargándome que viniera a tranquilizarte y a hablar contigo de algunas cosas íntimas.

RENÉ.— Y no le dijiste que lo que hace es una cobardía... una infamia?

IRMA.— Sí, le aconsejé, le supliqué... pero está desesperado.

RENÉ.— Y... ¿qué piensa hacer?

IRMA.— Yo no se si debo... estos asuntos.

RENÉ.— Consuelo...

CONSUELO.— (*A CHICHÍ y BEBA.*) Vamos muchachas a... darle la noticia a los abuelos.

BEBA.— Si, vamos.

IRMA.— Ustedes me disculparán, pero...

CHICHÍ.— Sí, comprendido. (*Mutis de CONSUELO, BEBA y CHICHÍ por la izquierda.*)

## ESCENA XVI

IRMA y RENÉ

RENÉ.— Habla, habla: ¿qué pretende?

IRMA.— Quiere volver a la vida de antes. Quiere ser otra vez... tu marido.

RENÉ.— ¿Con qué derecho?

IRMA.— No se trata de derechos. Ha renacido en él su antiguo afecto y además... el niño... ¿comprendes?

RENÉ.— Y para eso ha premeditado esta celada indigna.

IRMA.— No te ofusques. Su vida solitaria, tu negativa rotunda, le han impulsado a dar este paso... (*Pausa.*)

RENÉ.— Y... ¿la otra?

IRMA.— Fué una aventura. Concluyeron por fastidiarse mutuamente. Piénsalo, René, en tu situación...

RENÉ.— ¿Y que quieres que piense?

IRMA.— Entonces... ¿aceptas?

RENÉ.— Sí

IRMA.— Trataré de avisarle...

## ESCENA XVII

DICHOS y DON GONZALO *por lateral izquierda*

DON GONZALO.—Hija mía, que felicidad! Ya me ha dicho Consuelo... ¿Es cierto? Diga usted, señorita, ¿es cierto?

IRMA.—Sí, es cierto.

DON GONZALO.—Y donde están? Vamos a buscarlos.

IRMA.—No se... Sólo me ha dejado una dirección para avisarle... si su mujer lo perdona.

DON GONZALO.—Tú, René, es claro... Bien te decía yo: esta vida no podía seguir así.

RENÉ.—Irma, avísale que venga. Estoy dispuesta a todo, con tal que vuelva el nene.

DON GONZALO.—Sí, hija, pronto, pronto. ¡Que felicidad! Este es el mejor día de mi vida!

IRMA.—Lo que hay es que... él impone ciertas condiciones.

RENÉ.—¿Condiciones?

DON GONZALO.—No importa; que venga; después se arreglará todo.

RENÉ.—¿Condiciones?

IRMA.—Sí... por ejemplo... que no has de volver a las tareas de antes.

RENÉ.—Si es eso solo... ya no me interesan.

DON GONZALO.—Ya está: pronto, pronto.

IRMA.—Además ..

RENÉ.—¿Qué?

IRMA.—Que has de renunciar a tus ideas.

RENÉ.—Ah... no, no. Eso es intolerable... es indigno.

DON GONZALO.—Hija... las tendrás en secreto... pero no se lo digas a él.

RENÉ.—No, no. Imposible. Sería un renunciamiento cobarde... No tiene derecho... Hay algo que no sacrificaré nunca, a ningún precio... La única verdad de mi vida. No, no.

DON GONZALO.—Hazlo por nosotros. Ya ves... ella está enferma... y quién sabe si este golpe no concluirá por matarla... Yo también ¿qué quieres? Es demasiado triste...

RENÉ.—Y creen ustedes que yo no sufro... ¡Ah... esto es horrible!... (*Pausa.*)

DON GONZALO.—Vaya Irma... que venga... después se arreglarán estas cosas...

RENÉ.—Espera, espera... Mis ideas... Sacrificarlo todo, todo... El sueño de toda mi vida...

## ESCENA XVIII

DICHOS y PABLO y TOTO *por el foro*

DON GONZALO.—Pablo

RENÉ.—Hijo mío!

TOTO.— Mamá... (*Abrazos y besos al chico. Larga pausa.* PABLO desde el foro interroga con la mirada a IRMA que hace gestos de negativa.)

DON GONZALO.— (*Haciendo señas a PABLO para que avance.*) Mira René, déjame, voy a llevárselo a la pobre abuela. Verás como se compone... (*Yéndose con el niño hacia la izquierda.*) Que suerte, que suerte... La pobre vieja...! Ahora vas a ver a abuelita. (*Seña a PABLO para que avance. Luego mutis por la izquierda.*)

PABLO.— (*Después de una pausa.*) Ya ves, fué un impulso, pero no he podido llegar hasta el fin. Mi crueldad ha durado menos que la tuya... (*Pausa.*) ¿Qué hago? (*El silencio suplirá a las palabras.* RENÉ confusa. PABLO mira a IRMA, durante un instante y después se vuelve lentamente. IRMA interroga ansiosamente a RENÉ quien concluirá por hacer una seña afirmativa.)

IRMA.— Pablo.

RENÉ.— (*A PABLO que vuelve.*) Escucha: vamos a hablar con tranquilidad. Tu nobleza de ahora ha concluído con nuestro pasado triste y me dice que no debemos desesperar del porvenir.

PABLO.— Sí, René.

IRMA.— Me parece que ahora... puedo irme.

RENÉ.— No, quédate... Pablo: tu me acusas de cruel y yo... también te acuso. ¿Qué quieres, qué exiges de mí, para comenzar una vida nueva?

PABLO.— Yo no exijo... Usted Irma le habrá dicho.

IRMA.— Sí.

RENÉ.— Quieres que no vuelva a las tareas de antes?

PABLO.— Sí.

RENÉ.— Perfectamente: yo también deseo que nunca sea necesario. Entiéndelo bien: que no sea necesario... ¿Qué más?

PABLO.— Que abandones la Liga feminista y .. todo propósito político.

RENÉ.— (*Tomando el periódico.*) Aquí está mi renuncia. Hoy precisamente la escribí al saber que se me había proclamado. Ya ves que sin violencias, espontáneamente, me he adelantado a tu pedido... ¿Qué más?

PABLO.— Tus ideas!...

RENÉ.— Mis ideas... mis ideas... ¿Las conoces acaso?... Recién después de cinco años hablamos seriamente de estas cosas... Así ocurre, desgraciadamente. Escucha: Se una vez profundamente sincero, sin egoísmo y juzga tu mismo. (*Señalando el diario.*) Aquí está mi conducta de futuro, inquebrantable. Es mi última palabra. Lee, Irma, lee...

IRMA.— Yo?

RENÉ.— Sí... aquí... (*Le da el periódico. Después de una pausa IRMA lee sin afectación.*) «Señora Presidenta del Centro «Emancipación»: Me apresuro a declinar el honor de carácter público que ustedes pretenden dispensarme

proclamándome para un cargo político. No quiero perder la idealidad que me resta en otra batalla inútil contra el egoísmo, el interés y los fenómenos de fuerza que constituyen actualmente ley de la vida. Tengo una misión fundamental que cumplir y le atribuyo mas alcance reformador que a todos los debates y a todas las propagandas. No renuncio a mis ideas fundamentales pero si, recurro a otros medios, menos inmediatos, pero más seguros, para contribuir a su realización. *(Pausa. Gesto de PABLO é IRMA.)*

*(Durante esta lectura CONSUELO cruza la escena. Al final, llorando silenciosamente, entra al comedor.)*

RENÉ.— Sigue, sigue: no te detengas.

IRMA.— ...« Frente a los hombres, frente a las duras realidades de la vida, nuestra intervención directa en la lucha sólo contribuye a complicarla y a despojarnos de los mejores atributos. Prepararse para todas las contingencias, conocer la vida que nuestros hijos han de vivir no significa vivirla nosotras mismas, pues esto sólo debe decretarlo la necesidad. Los más tristes conflictos, las más dolorosas desigualdades de la injusticia humana, no hemos de remediarlas con intervenciones teóricas, pues en teoría ya hace mucho tiempo que los hombres sueñan con

una vida mejor. Esforcémonos, pues, por que sean capaces de vivirla. Forjemos hombres nuevos, con una nueva moral y una nueva justicia y aspiremos a que los hijos de hoy, surjan con plena conciencia de esa necesidad, reuniéndonos si es necesario para hacer obra solidaria. Realizado ese ensueño no valdrá la pena constituir asociaciones de defensa. Por mi parte no desespero del propósito, y como tengo que dedicarme a forjar una voluntad, un carácter y una conciencia, me veo en el caso de abandonar a ustedes para dedicarme a mi hijo. Las saluda...» *(Pausa.)*

RENÉ.— Ahí tienes mis ideas.

PABLO.— ¿Tus ideas?

RENÉ.— Sí; mis ideas,

PABLO.— *(Después de una pausa, sonriendo.)*

¿Quiéres que te ayude?

RENÉ.— ¡Oh! bastará con que no me traiciones. *(Se dan la mano en silencio.)*

PABLO.— *(Cariñosamente.)* Todo para él... y para mí... ¿nada?

RENÉ.— Vamos: ¿también tendré que tratarte como a un niño?

IRMA.— Sí; reparen por lo menos que yo estoy presente...

## ESCENA IXX

DICHOS y DON GONZALO *por la izquierda*, y ROMERO *por el foro*.

DON GONZALO.—¿Y...? Bueno, al fin. Vengan un momento. Vamos a sorprender a la viejita.

PABLO.—Sí, vamos. (PABLO y RENÉ *se encaminan hacia la izquierda*. ROMERO *llega y queda sorprendido*.)

ROMERO.—¡Oh... y esto?

PABLO.—Nada. (Por IRMA.) Milagros de la cirujía moderna.

ROMERO.—Pero... el nene?

IRMA.—Toto... está ahí dentro. Los otros... ya vendrán. (Mutis de DON GONZALO y RENÉ *por la izquierda*.)

ROMERO.—Pues nos hemos lucido! De cualquier modo, me alegro mucho. (Se oyen voces en el foro.) Schist... no diga nada.

## ESCENA XX

DICHOS y JAIMITO y ZABALA *por el foro*

(*Entran muy cabizbajos. El último se deja caer en una silla, pasándose el pañuelo por la frente.*)

JAIMITO.—Que se va a hacer, que se va a hacer!  
Es una desgracia!

ZABALA.—Ya aparecerá. Ya aparecerá.

JAIMITO.—Ni se figuran lo que hemos andado, digo, lo que he andado, porque este señor se instaló en la imprenta y no se movió de allí.

ZABALA.—Hice poner un avisito ofreciendo gratificación.

JAIMITO.—Linda ocurrencia. ¡Cómo si se tratara de un perro!

ZABALA.—Peor es nada (*bostezando*.) Tergo un hambre!

## ESCENA XXI

DICHOS y FILOMENA, BEBA y CHICHÍ *por la izquierda*

DOÑA FILOMENA.—(*Disgustada*.) Bueno, bueno, no es para reirse. Esas son cosas sagradas.

BEBA.— No te enojés, mamá, ha sido una broma.  
 ROMERO.— Pero... ¿qué hay?  
 CHICHÍ.— Que Pablo se ha reído, porque mamá le había encendido una vela al Señor de la paciencia.  
 ZABALA.—¿Eh?...  
 JAIMITO.—¿Pablo está ahí?  
 BEBA.— Sí, vino hace un momento con el chico. ¿Ustedes no sabían? (JAIMITO y ZABALA se miran un instante.)  
 JAIMITO.— (A ZABALA.) Hay que retirar el aviso.  
 ZABALA.— Vaya unas bromas. (CONSUELO habrá encendido luz en el comedor.)

## ESCENA XXII

DICHOS y PABLO y RENÉ con el niño, más atrás,  
 DON GONZALO y DOÑA PEPA

PABLO.— ¡Oh. . . ¿Ustedes por aquí?  
 JAIMITO.— Si, bien podía habernos avisado para conocer por lo menos el final de la comedia.  
 PABLO.— No hay que enojarse. Realmente, las cosas han ocurrido como si estuviéramos en el teatro.  
 DON GONZALO.— Bueno: se acabó. A la mesa a festejar el acontecimiento. A ver ustedes caballeros hagan el favor, acompañen a las damas.

JAIMITO.— Con muchísimo gusto. (Da el brazo a CHICHÍ.)  
 ROMERO.— (A BEBA.) Se conformará con un casado?  
 BEBA.— No sea malicioso.  
 ROMERO.— (A IRMA.) Doctora, el otro brazo.  
 IRMA.— Muchas gracias.  
 DOÑA FILOMENA.— Zabala, venga usted conmigo. Me gustan las personas serias.  
 ZABALA.— Bueno: a condición de no conversar mucho, eh?  
 DOÑA FILOMENA.— Bien sabe usted que no estoy de humor. ¡Pobre Bermúdez! ¡Tan bueno!  
 DON GONZALO.— ¿Estás contenta?  
 DOÑA PEPA.— Como no he de estarlo...!

(Todos se habrán encaminado al comedor. PABLO y RENÉ en último término con el niño. Se oyen nuevamente los gritos de los vendedores de diarios: «Vida Nueva, «Vida Nueva»... Última hora... carta de René Masón. «Vida Nueva», etc.)

PABLO.— Oyes esos gritos? Hace cinco años en esta misma casa... ¿recuerdas?  
 RENÉ.— Es verdad.  
 PABLO.— Y, sin embargo, me parece que recién comenzamos a vivir la nueva vida...  
 RENÉ.— (Acariciando al niño.) A vivirla... ó á soñarla.

TELÓN

